BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la-conquista DEL ESPACIO

CENTURIA-XXV

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS BRUGUERA

CIENCIA FICCION

SERIE la-conquista DEL ESPACIO

CENTURIA-XXV

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION

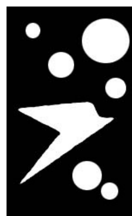


CURTIS GARLAND

CENTURIA XXV

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 225

Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1974

«¡Padre Júpiter! ¿No te indignas contra Marte, al presenciar sus atroces hechos? ¡Cuántos varones aqueos ha hecho perecer, temeraria e injustamente! Yo me aflijo, y Cipriana y Apolo se alegran, de haber excitado a ese loco que no conoce ley alguna. Padre Júpiter, ¿te enfadarás conmigo, si a Marte le ahuyento del combate, causándole graves heridas?»

Respondióle Júpiter, que amontonaba las nubes: «¡Sea! Pero deja esa obra a la violenta Minerva, que tantas veces le ha vencido, y sabe herirle de modo que le produce horribles dolores».

Juno, la diosa de níveos brazos, no desoyó su consejo y, obedeciéndole, picó los corceles, que volaron gozosos entre la Tierra y el estrellado cielo, con sus más sonoros relinchos, mientras salvaban de un solo brinco tanta distancia cuanta alcanza a ver el que, sentado sobre alto promontorio, tiende la vista por la amplia y amoratada superficie del mar…

La Ilíada, Homero. Canto V.

Prólogo

LA ESFINGE VIVA DEL VOLCAN PERDIDO

1

El fragor del apocalipsis era eco dormido o muerto en la nada.

El estruendo de las batallas fugaces y devastadoras era ya solamente olvido y mutismo. Velos de silencio, como jirones espesos de nieblas eternas, flotaban sobre aquel lugar. Y sobre todos los lugares. Sobre aquellas cosas. Y sobre todas las cosas. Sobre aquellas aguas y aquellas cumbres, sobre aquellos llanos y aquellos desfiladeros, lo mismo que sobre todas las aguas, todos los llanos, todas las cumbres y todos los desfiladeros del mundo.

Era el Silencio.

Era la Nada.

Era... vacío y soledad de muerte. De lenta agonía, a veces. Pero agonía de matojos retorcidos, de sarmientos oscuros, de tierras de labranza sin semillas ni frutos, de jardines sin plantas, de bosques sin otros árboles que calcinados troncos, blanquecinos unos, ennegrecidos otros.

Era lo que quedó después de Aquello.

Lo que duraba ya eternidades inmensas. Lo que ya nunca sería igual. Lo que una vez había sido, hasta que dioses estúpidos y ciegos acabaron con ello, en un arrebato de soberbia. De ello hacía ya tanto tiempo que, de haber existido alguien para recordar, lo hubiese olvidado todo por completo. Pero nadie había, ni nadie quería recordar, ni nadie podía volver su vista atrás, su pensamiento a la distancia. No era posible

revivir, cuando no se vivía. No era posible pensar, cuando no se existía.

así, como en un viejo tinglado teatral, como en una olvidada frase que ya nunca se repetiría, perdida en la noche de los tiempos, desde los cortinajes de una farsa trágica que fuera clásica, se podía decir, se hubiera dicho, de haber existido voces y palabras para ello, que ahora, «el resto era silencio».* Más bien, *todo* era Silencio.

Y así sería. Y así era. Y así fue por siglos, siglos y siglos…

Hasta una centuria distante. Hasta la Veinticinco, exactamente. Nadie contó el Tiempo. Nadie midió horas, días, meses o años. Ni minutos o segundos. No había medida, no había nada que medir. Ni nadie que midiera…

Y así, la Nada parecía tan eterna como la misma inmensidad del Universo y de lo infinito.

Hasta que un día, en la Centuria XXV…

2

Rugió el volcán.

Fue la primera vez. El primer sonido. La primera señal de vida.

Rugió, súbita, estrepitosa, sordamente. Con violencia contenida de milenios.

Su boca reventó en un bramido llameante, que hizo vomitar fuego, piedras y lava al exterior. El sólido mineral se derritió como sí fuese agua centelleante y

descendió por encima del suelo, fundiendo las piedras y arrasando miserables hierbajos agonizantes.

La noche se llenó de luz dantesca, y cuando llegó el lívido día de franjas fantasmales entre las nubes ponzoñosas del cielo, la lava formaba ya charcos llameantes al pie del volcán.

Y de éste, tras las llamas, brotaba como una especie de resplandor azul verdoso, fosforescente y extraño. Irisadas piedras candentes saltaban ladera abajo, mientras el resplandor crecía y

* Hamlet. Escena final.

crecía y una especie de nimbo fantástico envolvía su cumbre humeante. El suelo bramaba, tembloroso, estremecido y convulso, como pudo haberlo hecho en el principio de todas las cosas, cuando la Génesis universal empezó a modelar los objetos, la luz y la vida.

Era como si cuando estuvo muerto durante cientos de años, empezase a recuperar el pálpito vital, como si una nueva corriente sanguínea se extendiese y circulase bajo la epidermis de dura roca desnuda y los tallos enfermizos y ásperos de las plantas agónicas.

Como si algo, de nuevo, volviera a ser. A estar. A vivir.

El volcán pareció calmarse tan súbitamente como entrara en erupción. Hubo un silencio de horas, acaso de días. O de años. Eso significaba poco. No había nadie para medir el tiempo. Y cuando el tiempo no se mide, no existe el tiempo. Pasan días y noches, luz y oscuridad, pero eso es todo. Su posible significado se

pierde en la liada, al faltar los convencionalismos del ser viviente, que hace de todo ese tránsito de hechos naturales, una norma de vida y una guía de conducta.

No. No importa cuánto duró. Lo cierto es que hubo calma, tras la erupción súbita. Que la lava se enfrió en las laderas de la montaña. Que los temblores del suelo cesaron. Que un silencio igual a otros silencios, reinó durante un tiempo en los contornos volcánicos.

Luego, de repente...

De repente, todo volvió a repetirse. A ser igual.

Una nueva erupción, esta vez poderosa y devastadora, hizo reventar los bordes del cráter desgajando la roca, abriendo grietas llameantes, rojas estrías que culebreaban a todo lo largo de sus laderas, vomitando fuego y humo.

Esta vez, duró mucho tiempo. Entrañas dormidas despertaron en un Clamor dantesco de ira, y el suelo se resquebrajó, entre temblores apocalípticos.

Bloques enormes de piedra, formas de lava endurecida por el paso de siglos, cedieron finalmente, en el fondo mismo del cráter, alzando a los cielos un surtidor dantesco de fuego, rescoldos, humo y ch spas. El ruido era ensordecedor. El panorama sobrecogía. Hubiera sobrecogido, cuando menos, si hubiera habido alguien para presenciarlo.

Pero no había nadie.

Nadie en ninguna parte. Ni lo hubo, hasta que...

Hasta que todo cesó, de repente, en otro súbito silencio que no era total, porque algo hervía, algo bullía sordamente en las entrañas mismas de la tierra, bajo la corteza dura y candente del suelo...

Cientos de cavernas profundas y llameantes se abrieron en los suelos pedregosos, en las laderas abruptas, durante el tiempo que duró la segunda y más poderosa convulsión.

Y de ellas, súbitamente, brotó algo más que sonidos fragorosos de convulsiones geológicas. Algo más que el bramido de la Naturaleza en crispación.

Algo más que fuego, humo, lava, pavesas y rocas, brotó inesperadamente a la superficie, en una visión increíble y delirante, que parecía no tener sentido alguno, ni razón de ser.

Pero que, sin embargo, estaba sucediendo. Allí, en aquel momento.

Algo vivo, algo que no era piedra inanimada, ni vegetal hosco... Algo fantástico, inaudito en aquellos momentos, estaba emergiendo de una de las bocas abiertas en las laderas del destruido, desgajado volcán...

ALGUIEN estaba saliendo a la luz...

Y ese alguien imposible, ese ser viviente, en un mundo donde nada ni nadie vivía ya... esa criatura insólita, extinguida al parecer durante siglos enteros... era un ser humano.

Un Hombre desnudo.

El Hombre, en suma.

Porque así se definió siempre a toda criatura de humana especie, desde que el mundo fuera mundo, fuese cual fuese su sexo: el Hombre. El *homo sapiens*, para los científicos. El primate, para los investigadores.

El Hombre...

Pero quizá hubiera sido más concreto definir a la criatura surgida entre Mamas y brasas, viva y como asombrada de lo que veía, de lo que era, de lo que estaba sucediendo. Porque la criatura, concretamente, era… una mujer.

3

Una mujer.

La Mujer.

La única mujer en el mundo. La única hembra viviente. Al mismo tiempo, el único ser viviente, después de… después de Aquello…

Ella se detuvo, entre oleadas de humo ocre. Agitó sus brazos desnudos, en torno a la estatua de carne que era su cuerpo vigoroso, casi gigantesco, pero armonioso y estético hasta lo increíble.

Le pareció sorprendente no quemarse. Pisar con sus desnudos pies las piedras al rojo vivo, la lava ardiente, las pavesas enrojecidas, sin sentir dolor, sin experimentar daño alguno. Sin ver, siquiera, la huella de una quemadura.

Miró al suelo convulso. Al cielo nuboso y sombrío, al panorama abrupto y cruel…

Los ojos inmensos, profundos, oscuros e insondables, parecieron reflejar, como dos espejos tenebrosos y salvajemente bellos, reminiscencias de otros panoramas, de otros tiempos y otras circunstancias bien diferentes.

Su carne broncínea, tersa, palpitaba en medio de

aquel ambiente abrasador, caliginoso, que hacía brillar su piel con la transpiración. Los cabellos negros y largos golpeaban la espalda hasta casi sus nalgas rotundas y firmes, de estatua clásica o de cuadro de Rubens.

Las manos, instintivamente, se cruzaron sobre los senos enhiestos, en un vano empeño de cubrirlos, en arranque de pudor injustificado, en aquella soledad sin ojos curiosos o lascivos, como mujer que era y se sentía.

Mientras sus dedos fuertes se curvaban hasta casi engarfiarse sobre la opulencia magna de su torso, un viento ardiente y áspero golpeaba la arenilla candente contra sus muslos macizos, contra su vientre de matrona meridional.

La mujer poderosa, de hermosura salvaje y primaria, de grandes ojos y carnosa boca, de perpleja expresión y naturaleza vigorosa y rotunda, se quedó, como solitaria amazona en un mundo de enigmas, mirando en derredor, descubriendo en cada detalle atormentado y maligno del panorama, una señal de violencia, de destrucción, de muerte y de soledad.

Avanzó despacio, como desorientada, moviéndose igual que una extraña diosa, inmune al dolor, al daño físico, entre jirones de brumas fétidas, entre humaredas amarillentas o grisáceas, bajo aquel cielo torvo, huraño, amenazador y cruel, que parecía envolver a todo el planeta en un sudario eterno de silencio de muerte y de olvido.

Los labios sensuales parecieron modular algo: unas palabras, breves y entrecortadas. Unas palabras que no

sonaron, que flotaron simplemente, como movimientos de boca, sin llegar a formar sonidos.

Unas palabras que, tal vez, pretendieron ser una sola frase, corta y repetida, que nunca salió de aquellos labios, ni nunca hizo sonora aquella mente aturdida.

Unas palabras que, sin duda, se parecieron mucho a otras, pronunciadas siglos atrás por las criaturas que, como ella, poblaban el mundo

—Dios mío… Dios mío…

Caminó más y más adelante, dejando tras sí las cavernas recién abiertas hacia el seno de la Madre Tierra. Con la vista perdida en las alturas hoscas o en el paisaje horrible. Preguntándose todavía qué había sucedido. Y por qué…

Tratando de encontrar una respuesta a lo que no la tenía. De adivinar una explicación, dentro del caos de su mente, a lo que no podía tenerla…

De un modo u otro, deambuló por los ámbitos de pesadilla donde le era dado moverse y vivir. Trató de recordar y no pudo. La memoria se resistía a evocar cosas de un pasado perdido en la inmensidad de un tiempo, de un período que, sin saberlo a ciencia cierta, se le antojaba increíblemente prolongado, largo como la misma eternidad.

Una eternidad. Tal vez.

Y entonces, ¿quién es capaz de recordar lo que se perdió en lo eterno?

Lo cierto es que no recordó. No pudo. Pero tuvo conciencia de que alguna vez sí recordaría. Y sabría quién era ella, cuál fue alguna vez su nombre… y qué

sucedió antes de su sueño sin límites. Antes de que un paréntesis interminable, casi infinito, la condujese luego a este momento de ahora. A este infierno sin vida donde, inexplicablemente, ella sabía que estaba viva. Aunque ignoraba por qué. Y para qué...

De súbito, el suelo comenzó nuevamente con sus convulsos temblores. La hembra poderosa y salvaje, exhaló esta vez un sonido instintivo: un grito ronco, brusco, asustado. Cayó de rodillas, se apoyó con sus manos en rescoldos y brasas, sin sentir dolor.

Y contempló horrorizada, cómo aquellas nuevas criaturas, que en nada se parecían a ella, y que sin duda constituirían su mayor y más terrible amenaza, sólo unos momentos más tarde, emergían de lo imposible, como ella misma: del fondo infernal de las cavernas llameantes, abiertas en la roca viva...

Primera Epoca

SEMIDIOSES DE UNA MITOLOGIA ROTA

1

EL COLOSO DORADO NUNCA DUERME

Nunca supo cómo sucedió.

Ni siquiera llegó a saber jamás cómo ni por qué se inició aquello.

Pero tuvo conciencia de que las cosas, repentinamente, sin explicación aparente posible, habían dejado de ser como fueron durante mucho, muchísimo tiempo.

Que *algo* había cambiado en el mundo.

Y ese «algo», le afectaba muy directamente a él. Más directamente, quizá, que a nada ni a nadie.

Porque él, de repente, supo que estaba pensando. Que sentía. Que respiraba. Que veía y oía. Que su piel tenía calor y vibración. Que la sangre circulaba por sus venas.

En suma: que estaba vivo.

Y eso no era posible. No; él sabía bien que eso no podía suceder. Que las cosas ya nunca volverían a ser como fueron, porque unas leyes inmutables así lo habían dispuesto una vez, para no alterarlo jamás.

Esto era una alteración demasiado grande. Era un contrasentido. Un imposible.

Quizá era solamente un sueño. Acaso tan sólo le estaba permitido soñar, pensó el Hombre.

Pero no. Estaba seguro de que no era eso. No soñaba. No era un simple sueño. Era real. Sentía sensaciones reales, emociones vitales. Estaba vivo, eso era todo. A pesar de que eso no podía suceder, había sucedido. Tratar de entenderlo, era inútil. Hundirse en conjeturas, buscar explicaciones, resultaba un disparate. Estaba convencido de no encontrar nada: ni una simple respuesta. Absolutamente nada.

De modo que optó por lo más directo, lo más sensato y razonable. Lo único que, en suma, podía hacer en estos momentos: vivir.

Solamente eso. Nada menos que eso… ¡Vivir!

Vivir… él. El, que una vez, no sabía ya cuándo, ni cuánto tiempo atrás… fue asesinado.

* * *

Asesinado.

Muerto a manos de unos canallas sin conciencia. De unos asesinos, mil veces peores que el peor de los forajidos.

Porque ellos no eran bandidos, en la real acepción de la palabra. Ellos no eran delincuentes, ni profesionales del crimen. Pero, durante siglos enteros, ellos y otros como ellos habían sido capaces de asesinar para sobrevivir, de matar para medrar. Ellos… Los magnates, los grandes industriales, los millonarios, los gobernantes, los políticos…

Ellos fueron. Cuando fue necesario matar a un hombre que ponía en peligro sus planes más audaces, despiadados y desesperados, lo hicieron, sin vacilar. Ellos mismos esgrimieron las armas homicidas, en vez de encargarlo a esbirros y sicarios, como hicieran en otros tiempos.

Y todo porque ya no era momento de disimulos. Ni de discursos, promesas ni sonrisas diplomáticas o aparentes rasgos de magnimidad y de generosidad. Los unos, con su dinero; los otros con su poder. Ambos unidos, formaban la guerrilla exasperada que defendía su piel a cualquier precio: incluso el de las vidas ajenas.

El era el obstáculo. Y se le exterminó sin vacilar.

Lo sabía. Habían terminado con su vida. El murió.

Luego, sin duda, sucedió algo espantoso en el mundo. Podía advertirlo ahora, cercado de ruinas, de silencio y de muerte por doquier. No les resultó rentable su crimen, evidentemente. O quizá sí. Eso era algo que él no podía responderse ahora. Ni le importaba.

Lo realmente importante era salir de allí. Disfrutar de una vida que le había sido arrebatada alguna vez, en el pasado. Y que ahora, milagrosa, increíblemente, volvía a él, animando su cuerpo en un don inconcebible y fantástico.

Era un resucitado.

Un hombre que volvía de la tumba. De la muerte. Del oscuro silencio eterno.

¿Era, acaso, el único? ¿O había comenzado para todos el Juicio Final?

El Juicio Final...

No, no; estaba seguro de que no era eso. Le parecía estar seguro de que lo insólito comenzaba en él. Y terminaba, quizá, en él.

Por alguna razón increíble, por alguna causa inexplicable, regresaba de la muerte. En aquel lugar olvidado de todo y de todos.

Miró en derredor. No había guardianes. Ni mercaderes. Ni militares. Nadie.

Sólo él, en el islote artificial, erguido en medio del mar. Inmenso, silencioso mar, que lamía las costas del islote solitario. Las algas habían cubierto totalmente los embarcaderos y muelles. Antiguas, orgullosas naves, hechas por el hombre para surcar los mares,

eran herrumbrosas formas, cubiertas por costras de algas, corales, musgo y líquenes. Como un pequeño y novísimo mar de los Sargazos, las aguas estancadas suprimían, con su superficie de musgos marinos, los cascos de las abandonadas embarcaciones.

Los muelles y viviendas, aparecían ruinosos, desiertos. Un silencio de muerte en toda la isla. Y su túmulo yacía hecho pedazos, con su estatua desgajada, rota, mostrando, bajo el bronce y el mármol, la suciedad <de los hierbajos y de la tierra, entre las grietas.

Rió ásperamente, contemplando todo aquello, entre aturdido y asombrado. Eso era lo que quedaba de su mausoleo hermoso y radiante. De su gran tumba, elevada en la isla creada por los hombres para inmortalizar su recuerdo...

Incluso le fue posible leer el rótulo de mármol y metal dorado, agrietado y abatido, al pie del hermoso recinto funerario:

«IN MEMORIAM. NUNCA TE OLVIDARA
EL MUNDO. A TRITON,
EMOCIONADO
RECUERDO DE LA HUMANIDAD.»

Era increíble. El mayor de los cinismos, la más cruel de las paradojas. Al pie de la inscripción, aparecían las siglas del organismo internacional que había financiado su mausoleo. Justamente la sociedad mundial que dispuso su asesinato. Los que le mataron fríamente, lloraron luego en su funeral. Y pagaron

magnánimamente el gran mausoleo en Isla Tritón.

Isla Tritón...

El sueño de su vida. Pero un sueño que ellos cuidaron de alterar y desvirtuar hasta la adulteración vergonzosa y culpable. Una Isla Tritón para el bien de los humanos... convertida en un recuerdo fúnebre al hombre que intentó salvar a los hombres.

Era evidente que no logró nada, absolutamente nada. Incluso su sacrificio fue estéril. El estado de la isla y de los navíos, así lo pregonaba. Ya antes, sus ojos se habían clavado en el recipiente donde se conservaba, bajo una capa de polvo que oscurecía su urna de vidrio, la pequeña estación meteorológica de Isla Tritón.

Los datos allí inscritos en ese momento, eran escalofriantes:

Temperatura: 180 grados Fahrenheit... Humedad: 0. Contaminación atmosférica: 500...

¡Y quinientos era el tope del indicador! La aguja oscilaba, más allá incluso de ese índice escalofriante... El sabía que un nivel de 350 sobre aquella escala, era ya tóxico. A cuatrocientos, resultaba irrespirable. Y a tope... era la muerte de todo organismo vivo.

La muerte de todo...

Se estremeció. Era espantoso. Pero lo había presentido, apenas despertó. O resucitó, para ser más exactos. El calor era intolerable. El cielo parecía abrasar y el agua no emitía humedad que aliviase en absoluto la atmósfera, acaso saturada de partículas radiactivas y con los mares convertidos en inmensas balsas de agua a punto de hervir.

Pero entonces...

—Entonces... ¿cómo vivo yo? -—se preguntó, angustiado, aunque maravillado también—. No advierto el calor que debería matarme... No noto la radiactividad sobre mi piel... Me siento perfectamente bien. Incluso sano, fuerte... Y lleno de vida. ¡Esto no puede estarme sucediendo a mí! Es... es como romper todas las leyes naturales, como alterar los principios mismos de la armonía universal, el orden de las cosas y de los seres...

Sacudió su rubia, majestuosa cabeza, como un dios vivo, irritado y perplejo. Su cuerpo era un puro juego asombroso, de armoniosas proporciones, pese a su talla gigantesca y pese al desarrollo insólito de sus músculos, poderosos, como manojos de fibras hechas de acero, bajo una piel de bronce puro, casi dorado. Los ojos, muy azules, centelleaban con la fuerza profunda y vital de los mares donde había nacido, se había criado... y había muerto, aunque ahora, resucitado, gozase de una segunda e inexplicable existencia.

La estatura, de enormes proporciones, no le hacía justicia, sin embargo. Pese a la belleza del mármol y el bronce utilizado, que

* Temperatura de escala anglosajona, equivalente a unos setenta y cinco grados centígrados...

recordaba la magia creadora de un Fidias, los artistas se habían quedado cortos, en la expresión real de la humanidad fabulosa de aquella especie de mítico ser, entregado por entero al mar, su gran amor, en el que

creciera y desde el que intentó, desesperadamente, salvar a la Humanidad, en un último, patético e inútil empeño, que le costó la vida.

Tritón, hijo de los mares, producto biológico insólito, creación científico-biológica de unos investigadores que quisieron llegar al hombre-pez perfecto... y, además, lo lograron, sabía ahora que su sola naturaleza especial, su condición privilegiada, de ser viviente anfibio, dotado de medios respiratorios en el aire o en las profundidades, no le permitía, sin embargo, el prodigio de la resurrección física.

Por tanto, ¿qué había sucedido en el mundo, tras el caos que redujo al silencio a los mares y a las islas, que llenó de ¿gas y musgo las embarcaciones y los puertos, y aniquiló todo signo de vida, para que ahora, súbitamente, el orden establecido se alterase, y un difunto, conservado en la tumba marítima de Isla Tritón, incorrupto por su inmersión en la gran urna de hibernación subacuática, pudiera salir con vida a la superficie, abandonando su mausoleo en la gran cisterna marina del centro de la isla?

Esa pregunta, la más angustiosa y decisiva que jamás pudiera haberse hecho un ser humano en toda la historia del mundo, no tenía respuesta válida.

No, por el momento, cuando menos...

* * *

Tritón se había rehecho pronto del tremendo shock mental y espiritual en que le había sumido su condición de resucitado.

Se dijo que era mejor olvidar lo sucedido, dejar de lado lo inexplicable, a la espera de que algún día repentinamente, tuviera la natural explicación que él no alcanzaba a vislumbrar, y de ese modo, limitarse a lo más fundamental, en estos momentos. A lo más inmediato y agradable de todo lo que podía imaginar: vivir. Simplemente eso: vivir. Gozar de la nueva existencia que le regalaban los ocultos dioses de lo Imposible.

Le fue difícil hallar alimentos que no estuvieran contaminados. Pero finalmente localizó algunos, en un almacén marítimo del Muelle Sur de Isla Tritón. Aunque la atmósfera ofrecía el mismo índice radiactivo que en el resto de la zona, un recipiente hermético, de metal refractario, contenía un determinado número de latas de alimentos. Tritón ingirió las de alimentos líquidos o, cuando menos, no enteramente sólidos, pasando de un orificio a su boca, a través de un tubo plástico que él mismo sometió en una cámara de descontaminación, a un lavado de emergencia. Sabía que no era suficiente para mermarle la totalidad de radiación, pero sí una gran parte.

Además, estaba seguro de sobrevivir al nocivo ambiente, e incluso soportaría la ingestión de líquidos y alimentos contaminados. En cierto modo, él mismo era ahora un producto de la toxicidad ambiente. Estaba seguro de que su cuerpo todo, hasta el más recóndito lugar del organismo, estaba totalmente contaminado. Era, en cierto modo, un Hombre Radiactivo.

Y, como sucede siempre en todos los órdenes,

como él mismo había experimentado cuando fue elegido, por su naturaleza, para convertirse en el primer hombre anfibio de la Historia, el organismo era capaz de adaptarse a todo y hacer del medio ambiente un lugar habitable, fuese cual fuese su grado de contaminación, de toxicidad o de inhabitabilidad real.

Esta era una nueva vida, un nuevo mundo, un nuevo Tritón. Y debía aceptar todo ello como parte de su propio destino. No sabía aún por qué vivía, pero aceptaba el hecho con naturalidad, dentro de su desorientación inicial.

Y ya empezaba a preguntarse algo lógico e inmediato:

—¿Cómo podré salir de Isla Tritón?

Salir de la isla que convirtieran aquellos hipócritas en su propio mausoleo… Ir al resto del mundo. Saber qué había sucedido en todas partes, cuál fue la suerte real de la Humanidad, tener datos, cuando menos, de lo que entonces sucedió en el mundo… Aunque no hacía falta mucha imaginación para suponerlo.

Bastaba comprobar aquel silencio, aquel vacío, aquellos índices aterradores de contaminación radiactiva…

Siempre lo mismo: nuevas armas, nuevas amenazas, nuevas guerras… nuevas locuras. Hasta que una sobrepasó las demás… Y una sola bastó. Fue la última.

La última estupidez del hombre.

La que él pretendió prevenir y evitar, cuando aún era tiempo. Lo que los políticos, gobernantes, magnates y poderosos, hicieron posible con su frío y

despiadado asesinato: la ejecución sumarísima y secreta del hombre que les estorbaba. Un hombre llamado Tritón…

Tritón ignoraba en qué época podía hallarse. El año, el siglo, eran una incógnita total para él. Los calendarios ya no existían. Los relojes no funcionaban. No podía ver estrellas en la noche, si persistían aquellos densos nubarrones donde relampagueaban con frecuencia las descargas eléctricas, prueba de la existencia de una terrible tensión en las altas capas atmosféricas. Sin duda, eran nubarrones radiactivos, mortíferos, los que formaban el triste, siniestro palio que envolvía al mundo.

Sin esas orientaciones, era imposible conocer la época, el momento. Pero, ¿qué importaba el siglo o el año, la hora o la estación del año? Todo eso sonaba tan a vacío, en estos momentos…

Limpió cuidadosamente de algas y líquenes una de las embarcaciones. La que, por estar más adelantada en el puerto, menos había sufrido la invasión de vegetales marítimos, de moluscos y de herrumbre, sobre el metal aluminizado y liviano de su casco. Era una embarcación del tipo K-122. Antes de morir él, se habían lanzado esa clase de embarcaciones deportivas, capaces de cubrirse con un caparazón plástico, para ser maniobradas lo mismo en superficie que en el fondo de las aguas como un pequeño submarino biplaza. Su motor era rápido, y se alimentaba con una simple batería de pila nuclear, prácticamente ilimitada.

Puso a bordo alimentos, agua en recipientes

herméticos, aunque quizá contaminada como todo lo demás y, de repente, se le ocurrió la tonta idea de buscar armas.

—Armas —murmuró, sorprendido de su propio pensamiento—. ¿Para qué? No hay nadie en el mundo, si mi teoría no está equivocada. ¿De qué podrían servirme tales armas?

Aun así, la idea persistía. Resolvió buscar por lo que pudiera suceder en el futuro, si seguía disfrutando de aquella segunda vida inconcebible, y si realmente existía para él un futuro, en alguna parte de aquel demolido planeta.

Encontró armas.

Había bastantes en un viejo arsenal, dispuesto quizá para la guardia armada, que, por orden de los magnánimos políticos que dispusieran la existencia de Isla Tritón, deberían rendir siempre honores al mausoleo de su propia víctima. No había sido la primera vez en la Historia que unos gobernantes eliminaron a alguien que les estorbaba, rindiéndole posteriormente honores militares y civiles, pero, tal vez, dadas las apariencias, sí fue cuando menos la última.

Las armas, en su gran mayoría, estaban inutilizadas por la acción del tiempo y el abandono. Mirándolas, alineadas en sus armarios, sintió Tritón un escalofrío. Aquel abandono, aquel estado lamentable de la mayoría de ellas, le hablaba de largo tiempo de olvido. De décadas, acaso de siglos...

—Siglos... —musitó—. Dios mío, ¿será posible que haya transcurrido ya tanto...?

Encontró un par de armas en condiciones relativamente aceptables. Cuando menos, funcionaban, aunque su utilidad no la veía muy clara, si la aniquilación había sido total.

Era un ingenioso cuchillo eléctrico y un tubo lanzarrayos.

El cuchillo era un auténtico puñal en su apariencia, con la afilada y punzante hoja de acero, capaz de cortar cualquier materia relativamente blanda. Pero podía la particularidad de tener una carga eléctrica inagotable, que transmitía un alto voltaje a filo y punta. Dependía de la presión y fuerza puestas al empuñar el arma y atacar a un hipotético enemigo, para que éste sufriera en su carne, bien una descarga eléctrica capaz de aturdirle cuando menos, bien un auténtico trallazo de alta tensión, capaz de matarle instantáneamente, fuese cual fuese su vigor y naturaleza.

En cuanto al tubo lanzarrayos, recordaba a un viejo revólver, aunque mucho más estilizado y brillante, y poseía una carga de una treintena de rayos corrosivos, muy capaces de mantener a distancia a cualquier enemigo, al advertir las tremendas heridas que infligía al destruir la materia. No era un arma capaz de desintegrar a un ser totalmente, pero sí capaz de causar heridas tremendas en breves momentos, a muchos adversarios simultáneamente.

Tritón tomó varias cargas de repuesto para el arma y se encaminó, con su reducido arsenal, a la embarcación. Puso en funcionamiento el motor nuclear. Respondió en el acto, aunque un poco

dificultosamente al principio.

Momentos más tarde, la canoa plateada se alejaba, con veloz impulso, hendiendo las ardientes aguas sin vida marítima, en dirección a lo desconocido.

Atrás, quedaba Isla Tritón. Y hacia ella dedicó su titular un expresivo gesto de despedida, como diciendo burlona- mente adiós a la abatida estatua de sí mismo, entre ruinas de un altivo mausoleo dedicado a un mito humano.

Erguida en la proa de su ágil embarcación, aquella mítica figura de musculatura gigantesca, rubios y largos cabellos ondeando al viento y ojos celestes, clavados en el enigmático horizonte de un mundo hostil, parecía arrancada de una página wagneriana o de un grabado ilustrativo de *La Ilíada o La Odisea*.

Se podía dudar si recordaba a Aquiles, a Ulises, a Sigfrido o a Parsifal. Pero lo cierto es que Tritón tenía la arrogancia de los dioses y la belleza de los héroes, la fortaleza de un titán y la grandeza de un gladiador. Una mente lúcida, noble e inteligente, movía aquella masa de músculos y de tendones vigorosos, aquel cuerpo excepcional, que un inconcebible milagro biológico había devuelto a la vida, desde las sombras mismas de la muerte.

Se perdió Isla Tritón en el océano gris, hirviente y sombrío, donde el último pez había muerto siglos atrás.

El héroe sepultado y resurrecto, caminaba hacia el silencio y la nada que habitaban el mundo, enseñoreándose de él. No tenía ningún destino concreto. El mundo, todo, era su objetivo actual.

Iba en busca de vida. De esperanza. Acaso también de fe. O de un motivo para no perderla.

No estaba seguro de encontrar nada de todo aquello. Pero, cuando menos, debía intentarlo. O no habría valido la pena volver a vivir.

A fin de cuentas, sólo era una respuesta la que buscaba. La respuesta a sus dudas, a su enorme y gran interrogante.

¿Cómo, y con qué objeto, había vuelto a la vida?

La respuesta no iba a ser fácil de encontrar, si es que estaba en alguna parte. Pero Tritón necesitaba saber.

Quizá porque quería vivir. Pero no se conformaba con ello, sino que quería saber para qué vivía...

2

LOS DINOSAURIOS APLASTARON EL TIEMPO

Vulkania contempló tristemente el panorama, desde la cumbre.

Esperaba estar a salvo en aquel lugar. Cuando menos, por algún tiempo.

A salvo de ellos. *Ellos*... Aquellas malditas criaturas que una vez tuviera ante sí. De eso hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo. Tanto, que la mente se resistía a recordar.

Pero eran los mismos seres, peligrosos, fuertes y terribles. Recordó, o creyó recordar, que sus propios poderes habían sido insuficientes para combatirlos.

Ahora sucedería lo mismo, evidentemente.

Nada había cambiado en ellos. Continuaban siendo gigantescos y poderosos. La tierra temblaba bajo sus pisadas. De vez en cuando, el aire fétido y brumoso era atravesado por sus terroríficos bramidos.

Una sombra alada se deslizó, ruidosa, ante ella. Aletearon las largas membranas, con un sonido chirriante.

Vulkania levantó, instintivamente, sus desnudos brazos vigorosos, defendiéndose del monstruo con un gesto de ira y de asco en su rostro firme, sensual, de relampagueante mirada, bajo los rebeldes mechones de cabello negro azulado.

Sucedió algo notable.

El animal alado emitió un largo chillido ruidoso y extraño. Sus alas se agitaron, como desmembradas. El simple golpe de las manos de Vulkania contra aquellas membranas negras y viscosas, habían logrado quebrar éstas, haciendo caer, herido de muerte, al aterrador pterodáctilo.

Porque era un pterodáctilo y no otra clase de ave. Un animal de largo pico serrado, amplísimas alas plegables y feroz belicosidad. Un ser alucinante, de la Prehistoria.

Y ahora, en la post-historia del mundo, aparecía allí, planeando sobre el paisaje dantesco, como en el principio de los tiempos...

No era él solo. Aquellas ingentes formas que trotaban pesadamente, haciendo retemblar el suelo bajo sus patas, aquellos animales de largo cuello, de enorme jiba, de volumen aterrador, iban poblando la

Tierra, como si el ciclo vital hubiera regresado a su principio y todo volviera a empezar, aunque a un ritmo precipitado, casi vertiginoso.

Eran dinosaurios, brontosaurios, plesiosaurios y diplodocus, en mezcla inverosímil y aterradora. Llenos de vida, macizos y gigantescos, voraces y crueles… Los monstruos prehistóricos, con su volumen inaudito, con sus formas pesadas y blindadas, que en los iguanodontes alcanzaba la dureza del propio acero, deambulaban ante la mirada de Vulkania, la hembra salvaje, poderosa, que movía su desnudez primaria por aquellas regiones, convertidas, de súbito, en reflejo fiel de los remotos tiempos en que la vida comenzaba en la Tierra.

Ante la ausencia de criaturas más débiles a quienes atacar, aquellos monstruos, emergidos increíblemente, como una plaga súbita, de las entrañas del volcán que alterara el perfil geológico del paraje, se atacaban entre sí frecuentemente, con feroces aullidos, ruido espantoso de lucha, y tremendos esfuerzos por abatir al enemigo.

Muchas veces, esa lucha terminaba en un forzoso empate, dada la igualdad apocalíptica de los luchadores. En otras, el más débil sucumbía y era devorado por sus congéneres, en un festín ingente y repulsivo.

Vulkania, la mujer del fuego, no entendía mucho de todo aquello que le rodeaba. Sabía que las cosas no tenían que ser así, pero lo cierto es que lo eran, y ella no podía hacer nada por evitarlo.

Sus ojos profundos, oscuros como la noche,

fulgurantes como los astros que no era posible ver ahora, en la noche del mundo, con aquellas nubes feroces apelotonadas hostilmente en el firmamento, para borrar toda visión celeste, contemplaban aquellas huellas de primitivismo vital, al que había regresado aquel mundo donde ella se encontraba ahora, preguntándose muchas cosas que carecían de respuesta, buscando, escudriñadora, en la distancia de los tiempos, la razón de algo que, aparentemente, no tenía el menor sentido para ella.

Tenía mucho de majestuoso el panorama de aquella figura de mujer, estatua de bronce viviente, sólida silueta vibrante, de epidermis sedosa sobre las fuertes, poderosas, carnes de aquel cuerpo de amazona, irguiéndose entre peñascos de atormentado perfil, entre monstruos antediluvianos y convulsiones de una geología enloquecida, que pugnaba acaso por el estallido total del Apocalipsis.

Y Vulkania, al fin, se preguntó algo a sí misma, pasándose sus fuertes dedos, capaces de acariciar, pero también de matar incluso a un monstruo alado con sólo un golpe, entre los cabellos azules. Notó que eran dedos suaves. Dedos que mataban, sin embargo.

Se preguntó ella, de súbito, con un timbre de voz profundo, grave, que parecía retumbar en toda la caja de su cuerpo, pero, muy especialmente, en el tórax poderoso, donde el seno vibraba, potente, a impulsos de sus palabras difusas, cargadas de dudas y de incógnitas:

—¿Por qué? ¿Por qué tuve que venir aquí entonces… y qué ha sucedido en el transcurso de

tantos, tantísimos siglos de sueño profundo y tranquilo, en el que sólo mi mente mantenía despierta una leve chispa de entendimiento y comprensión? ¿Qué ha sido de todo lo que luego fue el lugar donde ahora me encuentro?

Aquel interrogante carecía de toda posible respuesta. La incógnita persistía y nadie podía aclarársela. Los dinosaurios no hablaban. Podían haber surgido, como un prodigio imposible, desde el fondo del fuego de los volcanes. Pero eso era todo. Para ellos, toda incógnita carecía de sentido. Vivían, y eso era todo. Para las bestias de aquella época, vivir y matar era una sola cosa. Se nutrían del enemigo vencido. Era la eterna ley de la Naturaleza.

Y nunca como ahora, en aquel ámbito fantástico de una prehistoria zoológica y geológica, producida espontáneamente, en misteriosa evolución súbita, esa ley de las fieras primarias, había sido más cierta ni más terrible. Lo que para unos era muerte, significaba vida para otros.

Vulkania se daba perfecta cuenta de ello. Cayó sentada en unas rocas, siempre sin sentir el contacto ardiente de las piedras volcánicas en su piel. Sabía que era inmune al dolor, a las quemaduras y heridas. No sabía la razón, pero le bastaba con estar segura de ello.

Sentía también apetito. Y sed. El agua, la escasa agua que podía verse en algún reguero, era un arroyuelo hirviente. No había vegetación. Y no le apetecía comer carne de pterodáctilo.

La esfinge viviente que emergiera del volcán radiactivo, reflexionó así, en silencio, bajo el cielo

nublado de la dantesca noche terrestre. Sus ideas fueron tomando forma, de un modo paulatino, pausado, sereno.

De haber habido alguien, se hubiera sorprendido de que la diosa desnuda, la salvaje mujer de figura gigantesca y armoniosa, mezcla de femineidad sensual y de vitalidad exuberante, pudiera pensar, reflexionar, revelar tanta inteligencia y agudeza en el destello lúcido y apasionado de sus ojos oscuros, insondables, bellísimos.

Era algo más que una hembra hermosa y potente. Era una criatura inteligente y llena de astucia. Sabía que estaba sola en un planeta hostil. Abandonada a su suerte. Y tenía que salir de allí de algún modo. Estaba segura de que alguna vez, en un remoto pasado, que su memoria reconstruía dificultosamente, por el larguísimo período de inactividad mental a que estuviera sometida, ella dispuso de algo más que de su piel y sus cabellos, encima de su cuerpo de mujer.

Ropas, armas, algo en qué viajar…

¡Oh, si pudiera vencer aquella confusión de su mente, aquella especie de rara y profunda amnesia que dominaba su memoria, borrándole todo recuerdo consciente y coherente!… Si le fuese posible evocar la verdad de su vida, de su naturaleza, de su origen… La razón de que estuviera reposando, inmóvil, en el fondo de un volcán, entre ígneas piedras, corrientes de lava y temperaturas aterradoras…

Y con ella, durmiendo un sueño de siglos, petrificados en unos profundos glaciares situados muy hondos bajo la tierra, allí de donde les despertara de

su sopor de centurias el caos del fuego y las convulsiones geológicas de la gran erupción, aquellos seres de pesadilla: dinosaurios, pterodáctilos, dimetrodones, diplodocus… Toda la estremecedora, colosal fauna de otros tiempos remotos, olvidados por el hombre… como el hombre era olvidado ahora por aquellas fieras.

Vulkania iba enlazando ideas. El largo sueño, el despertar… ¿Y antes? ¿Qué hubo antes de ese sueño? Otra vida, sin duda… Otro mundo, otras cosas que no lograba evocar… Tomó unos guijarros candentes entre sus dedos. Los oprimió con fuerza, mientras concentraba su pensamiento, tratando de recordar.

Hubo un chasquido. Crujió en sus dedos una piedrecilla… Y otra.

Abrió la mano, sorprendida. Los guijarros cayeron… ¡pulverizados!

La sola presión de sus dedos había convertido en tierra los fragmentos de piedra. Como si fuesen terrones de arena, o vidrio quebradizo.

Estaba segura de que eso no ocurría antes. No, ella no podía ser tan fuerte. Era alta, vigorosa, llena de potencialidad física. Pero no tanto. Se contempló las manos, que no mostraban callosidades ni excesiva musculatura. Eran manos de mujer. De una mujer vigorosa, pero llena de femineidad a la vez.

—Estas manos… *nunca* destrozaron piedras —dijo para sí, con voz trémula—. Algo ha cambiado en mí… El fuego no quema mi piel, mis dedos estrujan las rocas y las pulverizan, o matan a un pterodáctilo en vuelo… ¿Eso tiene algún sentido?

Si antes no había sido capaz de todo ello, si en su vida anterior al largo, al gran sueño de siglos, ella era una mujer infinitamente más débil… la idea que se le ocurría no era muy dudosa.

Mutación.

Era una mutante. Había sufrido una rara mutación, transformándose, por alguna razón que desconocía, en una criatura llena de poder y de fuerza. Esa evolución biológica, quizá provocada por algún fenómeno, tuvo que producirse durante su sueño en el fondo de aquel volcán. ¿Qué es lo que hizo evolucionar su naturaleza? ¿Qué es lo que la forzó a dormir en aquel insólito lugar, durante siglos enteros?

Hubiera querido saberlo, pero no tenía respuesta alguna para ese interrogante que empezaba a torturarle. El frío de los glaciares congeló, en una suspensión animada, a los monstruos de la Prehistoria, eso era evidente. Luego, el cataclismo, y quizá alguna radiación especial, les devolvió la vida, al descongelarse su encierro. Eso tenía un cierto sentido científico, pero su mutación personal…

Vulkania, de súbito, se irguió con aturdimiento. Tuvo conciencia de que un peligro la acechaba. Y con sus manos desnudas, engarfiadas en el aire, como única arma frente a cualquier adversario, se enfrentó a lo que había provocado en ella repentina alarma.

Lanzó un ronco grito de temor. Dilató sus oscuros ojos centelleantes, ardientes como brasas. Los fijó en el monstruo.

El enorme reptil se movía hacia ella, abriendo sus voraces fauces, destellando malignamente sus ojos

rojizos, m la coraza hermética y terrible de su escamosa piel, d. como el metal.

Era un chasmatosaurio de tremendas fauces curvadas en su morro, de grandes patas arqueadas sobre el terreno, de fuerte y ancho cuerpo reptante, en el que brillaban las verdosas escamas de su coriácea piel

Estaba a menos de diez yardas de Vulkania. La contempló, hambriento.

Luego, se precipitó sobre ella, y, al grito agudo de la hermosa hembra, un brontosaurio giró su monstruoso cuello, evolucionando su cabeza hasta fijar la mirada ávida en la criatura que, a su lado, mostrábase insignificante y débil, sobre el promontorio

El segundo monstruo se movió, rápido, hacia el lugar de la escena. Vulkania supo que, de sobrevivir al ataque del chasmatosaurio, quedaría aún el brontosaurio para engullirla, sin remedio.

—Si no ocurre algo sobrenatural, esta vez creo que estoy perdida... sin posibilidad de sobrevivir.

Es lo que pensó en voz alta, pegándose a unas rocas, encogido su cuerpo desnudo, a la espera del inminente ataque de la bestia escamosa.

Este no se hizo esperar.

Un instante después, bramaba el horrible animal, precipitándose sobre ella, con su boca monstruosa abierta, para triturarla entre su doble hilera de tremendos dientes...

* * *

Negra y desierta playa, con brumas dantescas flotando en el cielo oscuro de la noche. Sombrío y tenebroso todo el paraje, con las ardientes aguas lamiendo aquellas arenas oscuras y lúgubres.

Es lo primero que vislumbró Tritón, apenas desembarcó de su canoa plateada, en aquel tétrico, extraño litoral silencioso, donde todo horror parecía posible.

Miró en torno, tras poner sus pies en la arena abrasadora, color pólvora. Más allá, empezaba algo parecido a vegetación.

Y qué vegetación…

Negruzca, viscosa, atormentada, como agonizante, parecía arrastrarse por el límite de la arena oscura, igual que una manada de repulsivas babosas a ras de tierra. Cuando pisó aquella flora, enfermiza y repugnante, la sintió chascar bajo sus pies, rompiéndose como si estuviera hecha de alguna materia quebradiza que, al agrietarse, despedía un humo pegajoso.

Hizo un gesto de asco. Así había quedado el mundo: reducido a una serie de materias nauseabundas, verdaderos detritus de la Naturaleza, quebrados por aquella convulsión pavorosa que fue la contienda entre los hombres, en un momento en que todos pretendían hablar de paz y convivencia pacífica.

Un puñado de hipócritas, de insensatos, de ambiciosos o de locos, que de todo hubo entre ellos, llevó al planeta al caos. Todos esperaban vencer. Y

todos se equivocaron, obviamente. Sólo que él, Tritón, no llegó a conocer esa efemérides tristísima. Para entonces, él estaba muerto. Asesinado por los mismos que se aliaron para terminar con todo.

Se preguntaba qué habría sido de ellos, en el momento de ocurrir lo peor. En buena lógica, todos habrían seguido idéntica suerte. Pero, a veces, la lógica no imperó en las cosas del mundo y de los humanos. Por un momento, tuvo la desagradable impresión de que «algo» pudo haber funcionado entonces de modo diferente a lo previsto.

Caminando, playa adelante, por aquel paisaje dantesco que le mostraba ahora la tierra firme, en un litoral que lo mismo podía ser la antigua América, como la vieja Europa o la menos añeja Australia, Tritón evocó, con amarga ironía, aquellos viejos, olvidados hallazgos de la Ciencia, de los que algunos quisieron hacer meta y objetivo único de toda una Humanidad enloquecida por el afán de posesión, por el consumo, por la ambición de disfrutar por toda una eternidad de los bienes terrenos...

Poco antes de ser él brutalmente ejecutado en secreto por los gobernantes, los políticos, los magnates y los industriales interesados en que las cosas se hicieran como ellos querían, la Ciencia había alumbrado para el mundo sus mejores hallazgos: el fin de las enfermedades, la prolongación casi ilimitada de la existencia humana, mediante regeneraciones constantes de tejidos, la maternidad en laboratorios, mediante procreación artificial...

Drogas maravillosas, como la *Sanitax*, o

medicamentos capaces de curarlo todo... El *Bio-Renov*, o regenerador de tejidos vivos... Las cámaras de maternidad, las drogas para olvidar dolores y sufrimientos espirituales...

Sí. El Hombre creyó estar más cerca que nunca de la perfección.

Y entonces...

Entonces, el Hombre destruyó al Hombre.

Entonces, todo terminó. El lo había avisado. Lo pronosticó. Quiso advertirlo públicamente, y acusar a los responsables. No le dejaron.

Tritón estorbaba. Tritón fue eliminado. Luego, cuando se quisieron hacer las cosas como ellos querían... Llegó el Apocalipsis.

Algo se les fue de las manos. Pese a que todos parecían haberlo pensado y medido, no pudieron controlar luego lo incontrolable. ¿De qué sirvió, entonces, toda aquella serie de drogas maravillosas, de productos fantásticos, de geniales avances científicos?

Una Humanidad feliz, monstruosamente feliz en su estulticia, apatía y glotonería consumista, acabó en el holocausto total. Infelices... Ni siquiera debieron saber lo que sucedía. No llegaron a advertirlo. En un momento, la vida sonreía a todos. Y, de repente... ¡plaf!

El Fin. El fin de todo. De todos.

Sólo que ahora...

—Ahora... ¿por qué yo? —jadeó, llegando a los límites de la espesura repugnante, y comenzando a remontar las abruptas sinuosidades de los acantilados, hechos de enormes peñascos negros, que se elevaban

al cielo como túmulos ingentes para él, el resucitado...

¿El único resucitado?, se preguntó Tritón, de súbito, con cierta inquietud.

De repente, al alcanzar la parte alta del acantilado, un sonido pareció ser la respuesta que le llegaba de lo desconocido.

Un bramido profundo, terrible, ensordecedor...

Tritón, perplejo, se echó atrás. Miró, despavorido, la forma dantesca que emergía de las sombras de la noche.

Unos ojos de fuego centelleaban con cárdenos resplandores en la sombra, fijos en él. Unas fauces enormes, dentadas, suspendidas en el aire, ante una mole inmensa de carne en movimiento, descendieron veloces, ávidas, en busca suya. Un fétido hedor, envuelto en salpicaduras de una sucia baba, le envolvió...

Horrorizado, Tritón supo la clase de monstruo increíble que tenía ante sí, ahora que la Historia misma del mundo era simple leyenda.

—¡Dinosaurios! —exclamó, con un escalofrío de terror. Vulkania supo que iba a morir, que iba a morir irremediablemente.

La bestia escamosa flotaba ya en el aire, con un salto increíblemente ágil, para su enorme adiposidad y volumen, y luego caería sobre ella mortalmente. Pese a toda su fuerza titánica, ella sabía que nada podría hacer con la feroz bestia.

Y aun en el supuesto de que sus manos resultaran tan eficaces como lo fueron con el pterodáctilo, ¿no había luego toda clase de enormes saurios

prehistóricos, prestos a atacarla, llevados por su voracidad?

Pese a todo, pese a las circunstancias, defendió cara su vida. ¡Y de qué modo la defendió!…

Alzó sus brazos poderosos. Sus manos de mujer frenaron el salto del animal. Para sorpresa suya, sus dedos aferraron con rabiosa energía las fauces abiertas del saurio temible.

Era una lucha feroz y desigual, que no podía terminar sino con la victoria del monstruo. Sin embargo, tenía que intentarlo. Esto era mejor que entregarse dócilmente, como víctima propiciatoria. Era siempre preferible luchar hasta la muerte, que morir sin resistencia, vencida de antemano. Ella sabía que ésta fue siempre su ley, aunque ignoraba dónde, cuándo y por qué motivos…

Su simple instinto la hacía luchar, combatir rabiosamente, defender con denuedo su vida. Y estaba descubriendo, pese a su amnesia, que sabía luchar. Y que su fuerza era realmente titánica.

Ahora mismo, sus manos eran como potentes tenazas que desgajaban las fauces de la bestia, pese a su furioso coleteo y sus bramidos de agonía. Por desgracia, su propia fuerza demoledora estaba destrozando de tal modo al saurio, que la sangre brotó de éste. Fría sangre de reptil que, sin embargo, fue captada por el olfato agudizado de los demás monstruos de mayor tamaño.

La consciencia de un próximo festín salvaje, atraía inexorablemente a los enormes animales antediluvianos. Cuando las manos crispadas de la

hembra magnífica lanzaron lejos la piltrafa agonizante que era su enemigo, los coletazos de éste se hicieron más furiosos y dos dinosaurios se disputaron, con pavorosos rugidos, la posesión de la presa.

Otro de los gigantescos animales había descubierto la figura de Vulkania, en acción durante la lucha. Y empezó a trotar, pesada, pero decisivamente, en dirección a ella.

El animal pesaba varias toneladas. Sus fauces eran gigantescas. Está vez, por desgracia, no había fuerza humana capaz de vencer a semejante adversario. Así lo comprendió Vulkania, que se limitó a aguardar, en actitud de espera, alerta, en guardia..., pero estérilmente, por supuesto.

Ni ella ni criatura viviente alguna, podía luchar contra aquel coloco de remotos tiempos que se le venía encima.

Instantes más tarde, estaría muerta. Irremisiblemente muerta, triturada por los colmillos monstruosos de la fiera.

No podía evitarlo. Ni lo intentó siquiera. Esta vez, no.

Se limitó a esperar, en pie, serenamente. Pero era tal el horror de aquella forma de muerte, que cuando el dinosaurio descendió hacia ella su interminable cuello musculoso y su ingente cabezota, con las fauces abiertas de par en par, babeantes y ávidas, ella cerró los ojos, esperando ser engullida..., triturada...

3

EL OCASO DEL ARCO IRIS

El bramido del dinosaurio fue delirante.

Piedras y polvo parecieron saltar en vorágine hacia Vulkania, como un alud candente y doloroso. Pero los impactos ardientes no le causaron daño alguno. Mucho menos, infinitamente menos le hubiera dolido, aun de ser lo contrario, que la mordedura mortal del monstruo hambriento.

Este, sin embargo, se agitaba en espasmos increíbles, tremendos, que agitaban todo en torno, como en una noria de fuego y peñascos, de polvo y de sangre, mientras algo terrible circulaba por el corpachón rabiosamente, convulsionando su ingente forma maciza.

Alguien, montado sobre el monstruo, hincaba una y otra vez una centella plateada en su lomo y cada impacto marcaba un centelleo deslumbrante, un rugido de dolor infinito, un tremendo coletazo, una sacudida virulenta de la cabeza, mientras sangre abundante corría por su piel durísima, hendida por aquella especie de flamígera espada corta, en manos de un gladiador fantástico, insólito, surgido de la oscura noche de la eternidad...

Vulkania miró, aturdida, abriendo sus ojos por vez primera, ante la convulsión que la envolvía, como en un terremoto formidable.

Se apartó, aferrándose a las negruzcas rocas. Quizá por vez primera sabía lo que era el miedo, el terror a lo desconocido, a lo colosal, a lo devastador...

Y también, ¿por qué no?, el extraño pavor a lo que

no entendía. A lo que le parecía imposible que sucediera:

¡La presencia de OTRO ser viviente, a caballo sobre el colosal dinosaurio!

Alguien que, con un arma que ella no sabía qué podía ser, exactamente, estaba aniquilando, en rabiosa batalla, al terrorífico animal, justo cuando ella hubiera podido ser su víctima irremediable...

Eso venía a ser una imprevisible respuesta a la duda que, desde el momento mismo en que despertara a la vida, en la sima ardiente del volcán, se formulara a sí misma, dentro de las persistentes brumas de su cerebro:

«¿Hay alguien más con vida en este mundo?» Evidentemente, la respuesta era afirmativa. Sí. Había alguien más con vida en el mundo sombrío y terrible al que había regresado consciente de la vida.

Alguien que estaba matando al dinosaurio, con la sola ayuda de un arma blanca. Una extraña arma, que destellaba con centelleos deslumbrantes, azules, eléctricos, a cada impacto profundo y salvaje en la carne del monstruo.

Ese alguien, además de ella... parecía ser lo único humano que existía en el planeta.

Lo parecía. Pero Vulkania no podía estar segura de ello. Ya no se sentía segura de nada. Sólo de que había salvado su vida milagrosamente. Y que ese milagro era obra de aquel desconocido ser, encaramado sobre el lomo de la bestia...

* * *

El dinosaurio yacía, muerto.

Otros congéneres suyos, tan enormes y monstruosos como él, le mordían, en apocalíptico festín. Aparte sus bramidos de gozo durante el banquete, el mundo continuaba silencioso y oscuro, más allá de las manadas de bestias feroces.

Y ella...

Ella estaba allí ahora. Ante él. Erguida, callada, como esperando algo.

El también. Se miraban ambos. Con fijeza. Con mutua sorpresa y, tal vez, en el fondo, pese a todo, con mutua desconfianza. Los humanos siempre habían sido así: desconfiados y recelosos. Nunca creyeron en sí mismos, de modo que, ¿cómo iban a creer en los demás?

Pareció él a punto de hablar. Ella se inclinó, esperanzada. Hubo una duda, una ostensible vacilación. Y él calló. Ella se echó lentamente atrás.

Siguió otro silencio difícil, pesado, doloroso casi. Era el silencio de la falta de fe y confianza. De la constante eterna del Hombre, sin distinción de sexo, edad o condición.

Por un momento, Vulkania tuvo una leve duda. Una duda que antes no se le había ocurrido siquiera.

El, por su parte, la contemplaba, asombrado.

La hembra de piel broncínea y negros cabellos, pudorosamente acaso, en un instintivo rasgo de femineidad, se había cubierto a medias el cuerpo vigoroso, exultante, con un trozo de ensangrentada

piel de algún animal sacrificado en sus propias luchas intestinas.

Pese a ese precario atavío, sus formas rotundas eran demasiado agresivas para pasar desapercibidas. Y, perplejo. Tritón advertía que aquella mujer era la más gigantesca que viera jamás. Pese a sus dos metros largos de estatura, ella sólo se diferenciaba de él en muy pocos centímetros. En realidad, con cierto sarcasmo, formaban una buena pareja. Una extraña, insólita, quizá única pareja.

Única…

¿Otro Adán, otra Eva? Tal vez. La naturaleza era así de sabia. Hombre, mujer… Creación otra vez. No lo merecía, pero…

Tritón había dejado de entender muchas cosas. Su llegada a aquel continente, isla o lo que fuese, le había revelado algo nuevo y desconcertante. Había otros seres humanos con vida. Cuando menos, existía uno. ¿Sólo uno? Esa era la incógnita aún.

Lo malo es que ella parecía pensar igual, respecto a él. Eso significaba que no había visto antes a otro. Estaban en el mismo caso.

Pero… ¿de dónde llegó ella? ¿Qué clase de mujer era? ¿Qué raza superior pudo verse reflejada en semejante hembra de seis pies de estatura, formas opulentas y aire vigoroso, que, sin embargo, en nada alteraban su armonía, femineidad e incluso belleza delicada, de auténtica mujer deseable?

—Tritón —dijo él, vacilante—. Es mi nombre.

Ya estaba. Había roto el silencio. Un difícil, largo y tenso silencio. Había pensado en una posibilidad harto

lógica: ni él entendería el lenguaje de ella, ni ella el suyo. Estaba seguro de que, étnicamente, se hallaban a larga distancia uno de otro.

Sería un problema, evidentemente. Pero esa clase de problemas, siempre se resuelven entre humanos. Especialmente, entre el único hombre y la única mujer sobre el planeta.

El silencio, esta vez, se prolongó más aún… Se miraban.

Se vigilaban. Se estudiaban. Intentaban conocerse sin palabras…

—Vulkania —dijo ella, de repente—. Es mi nombre.

La sorpresa, evidentemente, era mutua. Común.

Primero, había sido ella quien se la llevó. Ahora, le tocaba a él

Se entendían. Perfectamente. Habían hablado la misma lengua. La voz profunda de la mujer gigantesca, era singularmente matizada, grave, dulce y, a la vez, inquietante.

—Cielos… —jadeó Tritón—. Hablas mi lengua, mujer.».

—Y tú la mía, hombre… —susurró ella.

—Entonces… ¿procedemos del mismo lugar? ¿Qué nacionalidad es la tuya?

—¿Nacionalidad? No lo sé.

—¿No lo sabes? —la miró, atónito—. No, no es posible… Me engañas. Sí, me engañas. Y eso no tiene sentido, compréndelo. No tiene objeto engañarnos. Estamos solos. Te he ayudado. Tal vez mañana, luego, ahora mismo, seas tú quien tengas que ayudarme,

Vulkania... Vulkania, ¿eh? Eso dijiste. Extraño nombre, hermosa muchacha...

—Tampoco el tuyo... es normal. Tritón... No oí otro parecido antes de ahora.

—Yo no soy normal —rió amargamente él—. Soy un experimento biológico. Un cobaya de mis semejantes. Hicieron de mí un... ¡un anfibio! Sí, un anfibio. No te rías. Respiro en el agua. Y en tierra. Soy... soy una especie de monstruo. Como esos saurios de la prehistoria que te atacaban...

—¿Por qué nos entendemos, Tritón? —murmuró ella, de repente—. ¿Por qué hablamos la misma lengua? Eso sí que no tiene sentido...

—¿Por qué no ha de tenerlo? Podemos ser compatriotas. O tú pudiste estudiar mi idioma. O yo el tuyo, ¿quién sabe? Uno no está ya seguro de nada, en estos momentos. Olvida las cosas más fáciles, se confunde con todo...

—Olvidar... Yo he olvidado hace tiempo. Desde el principio...

—¿El principio? —él la miró, enarcando las cejas —. O... el fin?

—Lo que sea, Tritón —habló Vulkania—. He intentado recordar. No pude. No vi antes- a nadie. Pensé estar... sola. Hasta que te vi sobre el dinosaurio. ¿Qué clase de arma mágica usabas?

—No era magia. Era... ciencia. Técnica. Como quieras llamarlo: un cuchillo eléctrico. Electrocuté a ese monstruo. De otro modo, era inútil luchar.

—Magia... Ciencia... Es curioso. Esas palabras despiertan ecos dormidos en mi mente. Tritón, yo... yo

desperté en el fondo de un volcán dormido. Surgí con la erupción.

—Y yo salí del mar. De la muerte. Me habían asesinado antes, ¿entiendes?

—Muerto... Asesinado... —los grandes ojos negros se abrieron enomemente—. No, no entiendo bien. Los muertos no vuelven...

—Yo volví, Vulkania. Es absurdo, lo sé. Nunca lo entendí. La radiactividad no me afecta. Pero es así.

—Y yo viví petrificada en un glaciar oculto bajo un volcán. Sobreviví. Volví al mundo, junto con los dinosaurios y todo lo demás, cuando el calor cambió las cosas. Pero el calor no me afecta. No me quemo. No sufro. De modo que, en cierta medida, nos parecemos ambos...

—O se parecen las circunstancias —rectificó sordamente Tritón.

—Sí, tal vez... Sea lo que sea... parece que somos también dos especies de... de monstruos.

—Al menos, con cierto atractivo —rió Tritón—. En lo que se refiere a ti, claro...

—Yo diría que tú eres... enormemente guapo, viril... —ella también inició una breve risa profunda—. Sí, puede que seamos dos monstruos agradables a la vista... perdidos entre millares de ellos, mucho menos vistosos.

Tras un corto silencio, Tritón se acercó lentamente a ella. Cambiaron una mirada grave, intensa. Luego, habló el rubio héroe con voz seca:

—Muchas cosas se han terminado en este mundo nuestro, Vulkania. La luz del sol... la lluvia tranquila o

el aguacero torrencial... E incluso los colores del arco iris...

—El arco iris... Es como un símbolo, ¿no?

Tritón se paseó ante ella. Eran como dos seres de la Prehistoria. Sólo que ella se envolvía graciosamente en su fragmento de piel, evitando la total desnudez. Y él, con su indumentaria plateada, de hombre-anfibio, musculoso y atlético, era como la pareja perfecta, como el complemento ideal de tan sorprendente mujer.

—Ya no sé lo que son los símbolos —suspiró Tritón —. Todo ha perdido su sentido, su razón de ser. Tú emerges de un volcán, los dinosaurios vuelven a la vida, yo regreso desde la muerte, la radiación y el fuego no nos afectan... ¿Qué ha sucedido, Vulkania? ¿Qué nos ha sucedido a nosotros, cuando menos?

—Me lo estoy preguntando, Tritón. Pero no sé dónde estará la respuesta... si es que existe.

—Tiene que existir, Vulkania. He pensado en una especie de mutación de la especie. Del mismo modo que la biología científica me convirtió en hombre pez, otra biología menos artificiosa, la naturaleza misma, pudo cambiarnos a ambos y hacer de nosotros un superhombre y una supermujer. O, simplemente... sólo dos humanos diferentes a todos, un hombre y una mujer distintos... y nada más.

—Mutación... Sí, es posible. También lo he pensado yo. Somos mutantes. Fenómenos de un mundo diferente y hostil...

—Hostil a nosotros, sobre todo —repentinamente, ella se incorporó, se acercó a él. Puso en los hombros

de él sus manos firmes, pero con femineidad increíble. Sus cuerpos nunca habían estado tan cerca—. Tritón, ¿cómo llegaste hasta aquí?

El se lo refirió pausadamente, con detalle. Concluyó luego:

—...Cuando descubrí a los dinosaurios, los eludí recorriendo las crestas del litoral, hasta llegar aquí. Así te vi luchar contra el reptil. Luego, cuando el dinosaurio te atacó, intervine a la desesperada...

-—¿Porque era mujer?

—Porque eras un ser humano en peligro; el primero que vela. Pero, ciertamente, no cabían dudas sobre tu sexo —la miró, sonriendo—. Eras una mujer, lo vi en seguida. La más fascinante mujer que jamás conocí. No... no pareces de este mundo.

—Este mundo... —ella se estremeció, mirándole asustada—. ¿Por qué dijiste eso?

—No lo sé. Se me ocurrió de repente. He conocido a mujeres sorprendentes. Claro que no sé ni siquiera en qué época estamos, ni qué ha sucedido, después de mi muerte. Mi largo letargo y tu hibernación, nos sitúan al margen de todo. Somos fruto de un puro absurdo, que quizá tardemos en entender. En un mundo de silencios y de espectros, solamente dos humanos, tú y yo, emergemos de lo imposible. Y, con nosotros, una fauna inaudita: los monstruos de épocas remotas...

—Tritón, me preocupan tus palabras...

—¿Qué palabras?

—Esas que hablaban de... de «otro mundo». ¿Te das cuenta de mi condición extraña? Soy diferente a

otras mujeres, no me afectan los fenómenos terrestres, he dormido siglos enteros en un volcán, porque de cuantas cosas me contaste ahora, sólo esa Prehistoria de dinosaurios me es familiar… En suma, creo entender que, pese a mi amnesia actual, sólo recuerdos antediluvianos se esfuerzan por aflorar a mi consciencia. Eso significa que…

—…Que llegaste en la Prehistoria del mundo. Desde alguna parte remota del universo, Vulkania…

—Sí, Tritón —afirmó ella, con ojos resplandecientes—. De ahí mi rara fuerza física, mi facilidad para entender y hablar cualquier lengua extraña, como si fuera la mía propia… Si de ti, la inversión del orden establecido en la Tierra, hizo un mutante ajeno á la radiactividad mortífera y a la propia muerte física que te infligieron, de mí podría decirse que… soy ya mutante por naturaleza y me adapto a cada planeta adonde llego.

—Cada planeta… Vulkania, involuntariamente hablas de… de viajes cósmicos, de posibles visitas a mundos diversos… Debiste viajar por los espacios, cuando la Tierra aún balbuceaba su propia historia incipiente…

—Lo sospeché en esta larga noche… cuando anhelaba ver las estrellas como algo más, algo lejano e inaccesible, Tritón. ¿Cómo llegaría a ese mundo tuyo por entonces?

—Sólo Dios sabe esas cosas, Vulkania… Una nave cósmica, una civilización superdesarrollada, mientras la Tierra nacía… Creo que algo así les sucedió a astronautas nuestros, en los últimos días de… de

nuestra Era final.

—Y una guerra... —se estremeció ella—. Una guerra terminó con tanto esplendor, Tritón...

—Una guerra estúpida, como todas las guerras. Se pensó que todo había cambiado, que el hombre era diferente... Mentira. El hombre ha sido siempre igual. Lo seguiremos siendo el día en que, si ello es posible, exista otra humanidad similar a la anterior. No hay paz, no hay convivencia, no se construye. Se derrumba, que es más fácil Se destruye. Se mata...

—No todos serían igual. Tú intentaste evitarlo...

—Y me asesinaron. Precisamente aquellos que tenían la obligación de apoyarme, de defender mis postulados. Se creían al margen de todo. Capaces de sobrevivir. Y... ya ves. Este es el resultado de todo ello.

—¿Quién puede asegurarnos que no sobrevivieron? —insinuó ella—. Hace pocas horas, yo ignoraba tu existencia, y tú la mía. Ambos pensábamos estar a solas, sin nadie más en el mundo. Ahora, sabemos que somos dos. Un día, podemos descubrir que somos más. Tres, cuatro, acaso muchos más...

—Me gustaría que fuera así, Vulkania. Al menos, se intentaría rehacer lo que ya fue destruido una vez. No sé para qué, pero se intentaría...

Ambos se miraron largamente, en silencio. Por un momento, pensaron lo mismo

Aquello era un sueño de Tritón, Un imposible, o poco menos, anhelado por el joven y rubio hombre anfibio. Pero... ¿y si no era así? ¿Y si estaban realmente...?

—¿Solos? —entendió ella—. Si estuviéramos tú y

yo... solos... ¿qué sucedería?

—No sé. Dependería de ti, sobre todo —suspiró Tritón, desviando la mirada.

Entendió Vulkania. Su cuerpo vibró. Se aproximó más a él. El calor de la lava no era percibido por aquella naturaleza magnífica de mujer. Sin embargo, sí percibió el cálido roce del hombre.

—Dependerá... de los dos —musitó ella.

Y rodeó con sus brazos al hombre. El la atrajo hacia sí. Era toda una respuesta. La más breve respuesta. A la vez, la más amplia y significativa de todas.

La noche sin estrellas, era larga y sombría en la Tierra. Lo era entonces, cuando menos.

Pero, para ambos, la noche sin astros ni cielo, resultó breve, pese a todo...

Breve como el soplo de un golpe de brisa inexistente. Breve como una alucinación hermosa.

A la vez, iba a resultar eterna para ellos. No sería fácil que olvidasen jamás, durase lo que durase su nueva existencia, aquella primera noche, después del fin del mundo.

* * *

Era un largo viaje, el suyo.

Largo y sin sentido, hubiera dicho Tritón. Largo y sin significado, le parecía también a Vulkania.

Pero los dos humanos, casi semidioses en una mitología viviente, hecha pedazos por el caos, sabían que tenían que

ir a alguna parte. O a ninguna, eso no importaba. El caso era viajar, desplazarse. Ir a otro sitio. Adonde fuera. Huir de los monstruos, de los yermos, del infierno volcánico.

Querían ver el mundo. Conocerlo más a fondo, fuese cual fuese su actual estado. Y la liviana nave plateada de Tritón, era un modo de intentarlo. De desplazarse en el silencio y en el olvido.

Ciertamente, las primeras jornadas resultaron patéticas y sombrías. Una simple confirmación de los mutuos temores de ellos.

Ciudades en ruinas, cubiertas de hierbajos viscosos, edificios destrozados, calles silentes por una eternidad, alimañas reptantes, desconocidas, de una fauna ignota en el pasado, y total ausencia de vida inteligente, de auténtica flora, de un mundo esperanzador.

Pueblos derruidos, sobre cuyas piedras se alzaban mato jos y siniestros reptiles parduzcos deambulaban bajo la lívida luz de un planeta radiactivo y mortal.

Antiguas naves de guerra medio sumergidas, con sus cañones nucleares enfilados trágicamente, grotescamente también, hacia el cielo de nubes sombrías y malignas. Submarinos herrumbrosos, flotando ante costas sin vida, donde la podredumbre de siglos había convertido en jirones o en serrín las barcazas de los pescadores. Balsas de grasa, de combustible negro, de muerte espesa y maloliente, flotaban en alta mar o en las dársenas y estuarios, recuerdo de remotos hundimientos, cuando el caos llegó.

Conocieron ciudades, orgullosas capitales del

mundo civilizado. A Tritón no le fue difícil identificarlas una a una. Millones de seres inmolados estúpida y vilmente por aquéllos a quienes votaron para gobernarles. Polvo, ruinas, barro, muerte, silencio, olvido.

Ellos no habían prometido eso en sus campañas electorales, pero era igual. Allí estaba el resultado. Allí la obra realizada.

Encontraron refugios atómicos convertidos en resquebrajadas masas de hormigón o metal. El arma letal utilizada fue, sin duda, muy superior a lo previsible. Acaso la famosa superbomba siempre sistemáticamente negada por los gobiernos responsables. La Superbomba…

El final definitivo. El holocausto. Él gran horror del silencio eterno.

—¿No recuerdas nada de eso? —preguntó a Vulkania.

—No, nada —negó ella—. No he visto esas ciudades, estoy segura. Ni conozco tu época ni tu civilización. No sé lo que he podido conocer de este mundo, pero cada vez que trato de recordar, sólo evoco un motivo: volcanes, fuego, monstruos, un mundo convulso, en formación…

—La Prehistoria —asintió lentamente Tritón—. Cada vez estoy más seguro: llegaste aquí en tiempos remotos, Vulkania.

—Curiosa pareja formamos —rió ella, casi con amargura—. Un resucitado… y una mujer con siglos de edad encima, petrificada en un glaciar, junto a los dinosaurios. ¿Qué puede resultar de todo esto. Tritón?

—No lo sé. Es mejor que nada, no lo dudes. *Si estamos solos, todo depende de nosotros. Y de que un día tenga frutos nuestra vida en común. Veremos si ellos pueden sobrevivir en un mundo envenenado, como lo hacemos nosotros. Pero si los siglos transcurridos y algún posible fenómeno físico o metafísico han alterado el orden establecido, sólo nos queda confiar en que esa mutación general afecte también a las leyes naturales de supervivencia y de genética... y este mundo horrible resulte habitable para nuestra descendencia.

—Tengo miedo, Tritón. Miedo por ti, por mi... y por lo que venga.

El la atrajo hacia sí. Cualquier otro hombre hubiera resultado un enano junto a aquella mujer con más de seis pies de estatura. Pero Tritón, con más de dos metros, rebasando por tanto a Vulkania en casi un pie, era su perfecta pareja, el hombre idóneo para ella.

Juntos, formaban el grupo humano más sorprendente e increíble que hubiera podido soñarse, en el caso de que hubiera habido alguien, cuando menos para soñar. Sorprendente y hermoso, a la vez.

La nave plateada se detuvo aquel día, cuando empezaba a oscurecer, en el remanso calmoso, apacible, quieto y trágicamente callado de la larga playa curvada. Los promontorios protegían al lugar de posibles furias marítimas. Pero ahora, las aguas guardaban una calma, un sosiego frío y yerto, como si fuese un embalse aceitoso, en vez de las orillas de un amplio océano.

—¿Y ahora, Tritón? —preguntó ella roncamente.

—Ahora, descansemos unas horas en tierra firme. Mañana proseguiremos viaje hacia alguna otra parte, aunque me temo que todo siga igual. Estamos en un lugar que, teóricamente, debió de ser uno de los últimos en sufrir las consecuencias del holocausto final.

—¿Qué lugar?

—Australia. Se dijo por entonces que los gobernantes y políticos habían instalado aquí un super-refugio atómico de enorme magnitud, con la idea de ocultarse un día de cualquier cataclismo que pudiera sobrevenir. Pero no pasó de ser un rumor. Nunca se comprobó ese extremo. Seguramente porque no llegó jamás a ser realidad.

—Australia... —contempló la tierra inerte y silenciosa. Se encogió de hombros—. Todos los lugares me parecen iguales. ¿Cómo pudiste identificar esta tierra?

—No es difícil —sonrió él—. Nací aquí.

—Oh, entiendo.

—Por eso tomé esta dirección —estudió tristemente el largo litoral silencioso y vacío—. Los vientos siempre tardan en traer a estas regiones cualquier fenómeno atmosférico. No hay duda de que la nube radiactiva tardó algo en caer sobre Australia. Era una tierra joven y hermosa. Ya no es nada. No se diferencia mucho de las demás.

—No, no mucho. ¿Qué esperas encontrar en ella?

—No sé. Los recuerdos de mi juventud, de mi infancia, debieron extinguirse hace tiempo. Sospecho que pasaron siglos desde el caos. Quizá tres o cuatro.

O cinco, no sé. Me gustaría hallar un medio de medir el tiempo pasado, una forma de conocer las fechas actuales. Es imposible, lo sé. Pero...

Se encogió de hombros. Ella le siguió a tierra firme. Se adentraron hacia las huellas de lo que un día fueran espesos bosques y grandes praderas fértiles. Yermos por doquier ahora; páramos sin fin, por toda una eternidad ya. Sobre Australia, la densa nube radiactiva, la misma que envolvía al planeta todo.

Tritón sólo disponía de unos escasos elementos para orientarse por el mundo vacío: la nave, sus mecanismos, su brújula automática, los puntos de referencia, formados por las ciudades que recorrieron, convertidas ahora en ruinas y olvido.

Le bastaba para saber que estaba en su país. Podía identificar incluso aquel litoral, aquellos parajes que un día fueran tan familiares para él. Se imaginó lo que sería ahora de Sidney, de Melbourne, de tantos y tantos sitios, y un encogimiento doloroso crispó su ser. Acaso la magnitud de un cataclismo sólo se mide exactamente cuando se ven sus efectos en los lugares que nos son amados, entrañables.

Su marcha les condujo pronto hasta un amasijo de edificaciones que llevaban acaso siglos enteros en ruinas, pulverizándose entre matojos y secas hierbas oscuras, parasitarias, enfermizas y frágiles.

—Adelaida —murmuró dolorosamente Tritón, con una rara humedad en sus ojos azules y herméticos. Inclinó la cabeza—. Esta era la ciudad donde nací, Vulkania: Adelaida...

No se diferenciaba de todas las otras que viera

Vulkania en su periplo con Tritón a través del mundo muerto. Pero comprendió la emoción de él. La respetó, manteniéndose en silencio. Un viento cálido y polvoriento, ululaba sobre las ruinas, como un fantasma lastimero que gimiera en las calles de la ciudad perdida. No tenía nada que arrastrar ya. Sólo tierra, arenisca, piedrecillas crujientes... Agitó los dorados cabellos de Tritón y la negra melena azulada de Vulkania.

Ella sintió frío en su piel, acaso por vez primera. Se estremeció, acurrucándose contra él.

—Tritón, querido... Tengo miedo —susurró de súbito.

—¿Miedo? —él la miró, girando la cabeza con cierta sorpresa—. ¿A qué?

—No... no sé... —su mirada recorrió los montículos ruinosos—. Quisiera saberlo. Es... es como si algo nos amenazara...

—¿Amenazarnos? ¿Aquí? —rió él huecamente—. Oh, por favor... No hay nada ni nadie, ¿no lo ves? Como en los demás sitios. Sólo muerte...

—Por un momento tuve la más extraña impresión... —jadeó Vulkania—. Algo que nunca antes experimenté, desde mi despertar en el volcán...

—¿Qué clase de impresión, cariño?

—La de que... alguien... alguien nos vigilaba... nos miraba malignamente...

Volvió a estremecerse. Eso no era normal en ella. Tritón lo sabía. La tomó contra sí, caminó con ella entre las ruinas, resueltamente.

—Convéncete —dijo—. Sólo habrá sido una falsa

impresión, un producto del nerviosismo que forzosamente nos provoca todo esto... En el fondo, tal vez deseamos que exista ese alguien que puede asustarnos, pero... ambos sabemos que eso no es posible. Que Australia, como el resto del orbe, está muerta. Total y definitivamente muerta...

Poco después, la pareja superviviente se refugiaba en un hueco, entre ruinas, y levantaba, con piedras, un muro protector contra el viento ardoroso. Se alimentaron con una de las latas de comida de Tritón, y luego se abrazaron, buscando el mutuo calor de sus cuerpos.

Así, una vez más en su eterno peregrinaje por el vacío silencio del mundo, les sorprendió el sueño, el cansancio, la necesidad imperiosa del reposo físico...

Se durmieron profundamente. Acaso soñaron, o acaso no. Nunca pudieron recordarlo, porque su despertar les trajodemasiadas emociones y sorpresas como para preocuparse por ese detalle.

Cuando Tritón y Vulkania abrieron sus ojos, repentina e inexplicablemente despiertos, las ligaduras envolvían férreamente sus brazos y piernas, inmovilizándoles por completo.

Y en la oscura noche, ojos ardientes y amenazadores les rodeaban, a la espera de su despertar.

Estaban prisioneros de «alguien» tan lleno de vida como ellos mismos.

Es lo único que Tritón comprendió, aterrado, apenas abrió sus ojos a la realidad.

Segunda Epoca

LOS ARDIENTES «BUMERANGS» DEL ODIO

1

ALAS SANGRIENTAS VUELAN A LA MUERTE

Prisioneros.

Prisioneros de «alguien» con vida…

Era la primera idea. Tritón habla llegado a desconfiar de ella y de su intuición.

Parecía que algo fallaba en la teoría. Porque estaba ya desgañitado de gritar y gritar. Vulkania había clamado, había desafiado, había proferido insultos contra los seres de ojos ardientes.

El resultado fue nulo en absoluto. Nadie se movió. Nadie trató de acercarse a ellos, de hacerles callar. Ni siquiera les respondieron. Los seres eran silenciosos. Acaso mudos. Tritón admitió eso, pero no pudo hacerse a la idea de que también fueran inválidos, criaturas petrificadas e inmóviles. Eso era imposible.

Porque lo cierto es que ellos estaban atados. Ligados, incapaces de moverse, de intentar algo, de escapar o de cualquier otra cosa. Y la oscuridad en torno era insondable, como si un mar de espesa niebla negra les envolviera.

En ella, había seres. Entes vivos, vigilantes, ominosos. Seres cuyos ojos brillaban aviesamente en la sombra. Quietos, callados, inermes, como vigilantes

criaturas de otro mundo, acechando sus más mínimas reacciones.

—¿Quiénes sois? -aulló por enésima vez, exasperado, enfrentándose a ellos con gesto desafiante, colérico, que quizá no serviría de mucho, dada la oscuridad reinante, en la que toda expresión debía diluirse como en un tenebroso mundo sin formas ni colores-—. ¡Vamos, hablad, decid algo, despegad vuestros malditos labios! ¿Qué pretendéis con esto? ¡No somos enemigos de nadie, sólo buscamos la vida, la razón de nuestra propia existencia, en este mundo que creíamos totalmente carente de vida inteligente! ¡Si vosotros nos habéis apresado, si sois los autores de esta acción de ligarnos brazos y piernas, pensad que cometéis un error, que nosotros queremos ayudar a todo el mundo, sea quien sea, sin intentar dañar a nadie, sin ser enemigos de nadie! Oh, cielos, veo que todo es inútil. No parecéis ciegos, puesto que vuestros ojos tienen una extraña vida maligna. Pero sí me parecéis mudos, sordos y quietos como estatuas. ¿Es que nadie aquí piensa? Cuando menos, responded a mis palabras, aunque luego sea asesinado cobardemente.

Inútil. El silencio seguía siendo la única respuesta. Tritón hubiera jurado que algunos de ellos cambiaban entre sí miradas, pero era difícil advertir eso, con aquella tremenda, obsesiva oscuridad. Y seguía pareciéndole fantástica la rara fosforescencia de los ojos vivientes, que flotaban en la sombra. No eran ojos humanos. Nunca había visto pupilas así, salvo las de los gatos... o los felinos en la jungla.

La idea de haber topado con un posible pueblo-gato, una nueva mutación monstruosa en el mundo, le causó escalofríos. Pero no comentó su idea con ella, aunque ya Vulkania hablaba con voz grave, preocupada:

—No te esfuerces, querido. No te responderán. No quieren hacerlo.

—O tal vez no saben, o no pueden…

—Algo me dice que no quieren. Que serían capaces de ello, pero que se limitan a escuchar, a vigilarnos… como si fuéramos seres inferiores, simples insectos o animales cautivos, en un monstruoso zoo, vigilado por criaturas de una casta superior y más inteligente. Es sólo una impresión, pero… tal vez se ajuste a la idea que me produce nuestra incómoda situación actual, cariño.

—Un zoo… en el que nosotros somos las fieras enjauladas —rezongó, con ira, Tritón, estudiando de soslayo aquellas fosforescencias vivas y taladrantes, fijas en ellos desde rostros que eran insondables manchas negras en la oscuridad—. Bueno, no es una idea alentadora, pero podría haber algo peor… Si, cuando menos fuesen humanos, aunque superiores a nosotros…

—¿Has observado las ligaduras que utilizaron? —el tono de Vulkania era profundo, lleno de una fría y lúcida capacidad de observación, de una serenidad de ideas que no se dejaba vencer por la excitación del momento.

—¿Qué les pasa a las ligaduras? —refunfuñó Tritón con malhumor.

—Son rudimentarias. Simples fibras vegetales, diría yo. No denotan un gran nivel técnico, conforme al que me has descrito en tu época. Un pueblo primitivo utilizaría semejantes materiales, pero no una sociedad civilizada.

—Es cierto —Tritón, sorprendido, comprobó la naturaleza fibrosa, vegetal, llena de firmeza y de áspera humedad, de lo que había servido para sujetar sus brazos y piernas durante el sueño—. Algo parecido a las lianas... Eso sugiere algo que no hemos visto aún, en cuanto llevamos recorrido: bosques, espesura.

—Quizá Australia sea diferente —suspiró ella.

—Diferente... No tienes razón válida alguna para imaginarlo así. Pero hay lianas. Y hay seres vivos, inteligentes, sin duda, aunque se empeñen en su absurda ley del silencio. Dada la situación, no sé si alegrarme de ello... o maldecir la presencia de seres vivientes. Somos sus prisioneros. Si se trata de seres hambrientos, podemos formar parte de su festín. Si no..., tal vez nos sacrifiquen por alguna oculta razón, que sólo ellos entienden.

—¿No hubieran podido hacerlo mientras dormíamos, impunemente? —rechazó ella.

—Es cierto —Tritón frunció el ceño. Hizo un poderoso esfuerzo con sus muñecas titánicas. Las lianas crujieron, pero no llegaron a desprenderse. Es más, parecieron enroscarse con más dolorosa fiereza en torno a sus muñecas y brazos, presionándolos brutalmente. El sacudió la cabeza, ante la inmovilidad de los vigilantes de las sombras—. Saben que no podemos liberarnos. Es... es como si las propias lianas

vegetales estuvieran VIVAS.

—Es curioso —murmuró Vulkania, estremeciéndose—. Acababa de pensar lo mismo...

Palpitaba el corazón de Tritón con fuerza. Y sus sienes, también. Notaba agobio al respirar, tanto por sus pulmones como por sus branquias de anfibio, injertadas en el pasado. Miró con fría ira a los inmóviles y silenciosos captores, que formaban círculo en torno de ellos.

—Lo mejor será rezar algo, si aún me acuerdo de eso —musitó roncamente—. Por si la muerte nos sorprende, querida. Recuerdo una vieja oración infantil, Vulkania. Ignoro si en el planeta de donde llegaste, existían los rezos. Pero, producen un gran bien. Es como liberarse de un gran peso. Esa oración empezaba diciendo: «...Y si muero antes de despertar. Señor...»

—«Si muero antes de despertar»... —repitió ella—. Es sencillo y hermoso. Muchos murieron sin haber despertado a la vida: niños que nunca fueron hombres, hombres que no llegaron a saber lo que era ser niños... Sigue, Tritón querido. Repetiré tu oración, confiando en que alguno de los dioses del Universo nos escuchen...

—Yo sólo conocí un Dios, Vulkania —suspiró él—. Es a Quien me dirijo...

Iba a iniciar su oración, entornando los ojos fervorosamente. En ese instante, la voz llegó de las tinieblas:

—No oréis. No hace falta. Si habéis de morir, igual seréis condenados. Si no... sobrará vuestro rezo. Nadie

desea la muerte de nadie. Pero existe una ley, deberíais saberlo. Y esa ley es la que os condena a muerte.

* * *

Tritón se quedó inmóvil. Como petrificado.

Ahora, fue él quien no encontró fuerzas suficientes para responder cosa alguna a su interlocutor. A su misterioso e insospechado interlocutor de las sombras, que había hablado con toda claridad… en su propio idioma!

Vulkania cambió una mirada con él. Luego, buscó en el cerco de tinieblas al autor de tales palabras. No lo encontró. Podía ser cualquiera. La inmovilidad persistía en la zona de sombras herméticas.

Fue ella, sin embargo, la que habló primero, con una gran serenidad.

—¿Qué ley es ésa? —indagó fríamente.

—La ley del Pueblo Impuro —se le explicó—. Nadie la burlará jamás. ¿Acaso pretendéis ignorarlo?

—Nosotros no pertenecemos a ningún Pueblo Impuro —replicó secamente Tritón, recuperando el dominio de sí mismo.

—Al menos, sois sinceros. Confesáis la verdad —rió la voz ominosamente—. Esto nos excluye de cualquier posible vacilación o duda. Sois culpables. Seréis ejecutados.

—¿Culpables… de qué?

—De adentraros en las regiones del Pueblo Impuro.

La ley no hace excepciones.

—Nadie nos avisó, antes, de su existencia.

—Mentís. Todo habitante del Pueblo Puro, sabe que ésta es la Región Prohibida. Como lo es, desgraciadamente para nosotros, la de vuestro pueblo maldito y sin conciencia.

—No entiendo nada —jadeó Tritón, perplejo—. Pueblo Puro, Pueblo Impuro… ¿Qué es lo que está sucediendo aquí? Concretamente… ¿quiénes sois vosotros? Aunque seamos vuestras futuras víctimas, creemos tener derecho, al menos por ello mismo, a saber qué es lo que significa todo ello. Es decir: dónde estamos, quiénes son nuestros captores y por qué vamos a ser sacrificados…

—Es un deseo muy justo, aunque absurdo —convino la severa voz del ser invisible—. Pero si ello forma parte de vuestra última voluntad como reos sentenciados a la pena capital, así debe ser aceptado, y así se os aclarará todo cuanto corresponde, antes de que la sentencia se cumpla. ¡Trasladad a los presos al interior, pronto!

La última orden sorprendió a Tritón. «El interior»… ¿Qué interior, exactamente, se preguntó, inquieto, realmente perplejo? Hasta ahora, no conocía viviendas, salvo las cavernas que los monstruos prehistóricos utilizaban como refugio, allí donde conociera a Vulkania.

Pero lo cierto es que las sombras, al fin, se movieron. Y se aproximaron a ellos en tropel silencioso y ordenado. Fuertes brazos humanos aferraron sus cuerpos, alzándolos trabajosamente en

vilo. Creyó observar que, al lado de los demás, Vulkania y él eran auténticos gigantes, infinitamente superiores en estatura y vigor a los frágiles humanos que les conducían hacia alguna parte en las sombras.

Del mismo modo, como en una posición de fantásticas luciérnagas, los ojos seguían brillando, fosforescentes, en la densa oscuridad. No recordó Tritón a ningún humano con semejante peculiaridad en las pupilas.

Pero sí observó que, realmente, entraban en alguna parte. Oscuros, sólidos muros macizos se cerraron tras ellos. Se movieron por un corredor oscuro, impenetrable. Ellos, sin embargó, parecían moverse con suma facilidad por él. Como si sus ojos luminosos fueran capaces de guiarse en la oscuridad, igual que los felinos.

Acaso por todas esas profundas sombras en que se movían últimamente, la aparición repentina de la luz deslumbró por un igual a Tritón y a Vulkania. Ambos cerraron sus párpados, cegados por la claridad súbita.

Aun antes de habituarse a ella y poder abrir sus ojos, Tritón estuvo seguro de que esa luz era de naturaleza eléctrica, como en otros olvidados tiempos.

—Cuando se visita este recinto, no se vive para contar lo que se ha visto en él, sabedlo bien. De modo que abandonad toda esperanza... después de conocer nuestro secreto. El inviolable secreto del Pueblo Impuro, de los Condenados, en suma...

Fuertemente intrigado, Tritón abrió sus ojos. Vulkania ya lo había hecho antes. Asombrados,

cambiaron entre sí una mirada de estupor.

Lo que se mostraba ante ellos justificaba sobradamente las palabras enigmáticas del ser humano a quien aún no conocían…

Aquél era el paradero secreto del Pueblo Impuro. Y aunque ignoraban lo que esto último significaba, cuando menos se vieron ante el misterio de su existencia y de su propia estructura social.

—Nunca me lo hubiera imaginado —confesó, aturdido, Tritón.

* * *

Tampoco Vulkania lo hubiera podido suponer. Pero ella, conocedora solamente de una época de la Humanidad, y no precisamente la de Tritón y su tiempo, disponía de menos elementos de juicio para alcanzar a imaginarse algo así.

Tritón, por su parte, contempló con inmensa sorpresa en sus azules pupilas, aquella radiante claridad del amplio recinto en que se hallaban ahora. Un recinto subterráneo, evidentemente. Con una enorme cúpula sobre sus cabezas, donde se veía un mapa mundial minuciosamente trazado, en baldosas de color… tal como Tritón lo recordaba, de las postrimerías del siglo xx, cuando él había sido asesinado.

Abajo, a sus pies… una colmena humana increíble. Un pueblo escondido en el subsuelo. Alguna vez, aquello fue un refugio nuclear. Todavía, como una

reliquia increíble, protegida por una urna de vidrio, se descubría una lápida, con una inscripción en lengua inglesa:

«REFUGIO NUCLEAR 72. ADELAIDA, AUSTRALIA.
AÑO 1955. PROFUNDIDAD MAXIMA: CIEN PIES.»

Ahora, el viejo refugio atómico era una especie de vasta nave con viviendas construidas de bloques de piedra transportados desde el exterior. Tendido eléctrico, semáforos, calles iluminadas y limpias...

Una pequeña ciudad, con sus habitantes de todo sexo y edad. Frágiles y delgados, eso si. Tal vez decadentes, pensó Tritón. Ninguno sobrepasaría posiblemente los cinco pies de estatura. Eso, en cuanto a los varones. Las hembras alcanzaban difícilmente los cuatro pies.*

Por lo demás, parecían perfectamente normales, aunque todos mostraban un rasgo peculiar en sus rostros y manos: iban enguantados. Y llevaban antifaces blancos, que sólo dejaban ver sus ojos y boca. El único vestido era una túnica gris para los hombres, y azul para las mujeres. Deambulaban tranquilamente, como si su vida allá abajo fuese perfectamente normal. Viendo en la enorme bóveda las grietas y destrozos que le era posible observar, Tritón se dijo que aquella gente no podía vivir aislada del exterior, de la contaminación letal de la atmósfera terrestre. El refugio atómico, quizá nunca llegó a ser realmente eficaz para los que buscaron refugio en él.

Súbitamente, los ojos atónitos de Tritón se

clavaron en un nuevo, increíble elemento, fijo en el muro opuesto, también protegido por una urna de vidrio o plástico, y dotado de una especial iluminación azulada.

Un reloj.

Un enorme reloj eléctrico, provisto de calendario. Calendario con fecha, día, mes y año...

Los detalles accesorios le importaron muy poco. Se fijó en la hora que marcaba. Y en el hecho de que las agujas se movían, funcionaban rítmica, normalmente.

Eran las once y media. Posiblemente de la noche...

Las once y media de un doce de marzo... del año...

Tritón desorbitó sus ojos. Contempló aquello. Jadeó, dirigiéndose a Vulkania:

—Mira... ¡Mira eso!... Estamos a doce de marzo del año. ¡DEL AÑO DOS MIL CUATROCIENTOS TREINTA!... Es... es el siglo xxv, Vulkania... El siglo XXV!

Ella asintió, pensativa. Se daba perfecta cuenta de lo que eso

* Metro y medio y un metro y veinte, respectivamente

significaba. A su lado, la Voz de aquel mismo hombre que antes les hablara desde la sombra, les recitó fría y lentamente:

—Por supuesto. ¿De qué os sorprendéis? ¿Es que, acaso, en vuestra perfecta, inaccesible y soberbia madriguera de superhombres... no hay reloj ni calendario? ¿A tanto llega la ciega esclavitud de los Hombres Puros?

* * *

Odio.

Había mucho odio en todos. Y en todo aquello.

Tritón hubiera querido saber hacia qué, hacia quién. Era un odio profundo, que, como el mítico boomerang de los antiguos australianos, podía volverse contra todos ellos, si es que no lo había hecho ya.

Por odio se ocultaban, se protegían... Por odio mataban. Faltaba, sin embargo, la causa. La razón de todo aquello. A Tritón se le escapaba semejante factor.

Sólo de algo se sentía enteramente seguro: les creían procedentes de otro lugar, de otra sociedad organizada, que ellos llamaban «Pueblo Puro». Y ellos eran los Impuros, los Condenados, como dijeran antes.

¿Por qué? ¿En qué sentido?

—Sí, ¿por qué? ¿En qué sentido? —fue finalmente su pregunta.

El otro le miró glacialmente. Pareció dudar en contestar, como si pensara que pretendían burlarse de él, escuchando algo que sobradamente conocían. Quizá el solo hecho de saber que era una de sus últimas peticiones en el mundo, animó a su captor a informarles, pese a todo:

—Me resulta particularmente doloroso ensañarme en mi propia gente al referirme a su tremenda verdad, a nuestra horrible realidad, para ser más exactos —manifestó con lentitud—. Pero si eso os hace un poco más felices, si vuestro rencor hacia nosotros, por haceros víctimas de nuestras Leyes, se sacia en parte

con esta humillación... sea —dijo solemnemente el hombre de antifaz distinto al de todos los demás, cubriéndose el rostro. El suyo era más amplio, tapaba incluso su boca, hasta la barbilla... y era de vivo color púrpura. También su túnica era purpúrea. Y lucía en ella un enorme número 1, bordado en blanco sobre el pecho.

Otro detalle que le diferenciaba de los demás, era su caperuza sobre los cabellos y la parte posterior de su cabeza. En ella exhibía, sobre su tono púrpura, una blanca calavera bordada, justo encima de su frente enmascarada. El espectáculo era teatral, casi grotesco y efectista, pero él parecía tomarse muy en serio todo aquello. Los ojos, de un tono muy claro, tenían, incluso a la luz, una fosforescencia peculiar. Y con la barbilla, era lo único real que se advertía en aquel hombre, a través de sus ropajes.

—Me gustaría que os dierais cuenta de que no somos enemigos vuestros, ni siquiera procedemos de donde decís, pero supongo que será inútil cuanto alegue en favor nuestro.

—En efecto. Totalmente inútil. Conocemos las artimañas y falsedades del Pueblo Puro. De no ser por él, nada de esto existiría ahora. Es justo que paguen sus culpas cuando hay ocasión. Y a vosotros os tocó esta vez, audaces visitantes. Allí, nunca hubieras muerto. Aquí, será muy diferente.

—Siempre se muere alguna vez —suspiró Tritón—. Yo mismo he resucitado. Pero un día, mi vida se hubiera extinguido igualmente, de no mediar esta ejecución. Es una ley inexorable, a la que nadie puede

escapar.

—Con qué cínica falsedad mentís todos —le acusó duramente el hombre del número uno y la blanca calavera—. Vosotros, los que gozáis de vida eterna, los que vendisteis vuestra alma a cambio de ese don maldito, sabéis lo que significa perder la existencia, morir a pesar de todo, donde vuestras leyes nada significan.

—¿Vida eterna? —musitó Tritón, perplejo—. ¿El Pueblo Puro... es eterno?

—Llevan siglos enteros demostrándolo, mientras nosotros morimos y nos sucedemos unos a otros, en una nula carrera contra lo inexorable. A fin de cuentas, ¿para qué sobrevivir, para qué luchar incansablemente, tratando de dar a nuestros hijos un futuro mejor, si ese futuro nunca llegará, y seguiremos nuestro declive fatal, perdiendo estatura, fortaleza... y precipitando cada vez más nuestro proceso de condena?

—¿Condena? ¿Qué clase de condena?

—La que el destino nos reservó cruelmente. Resulta doloroso ver que pasan los años, los siglos... y vamos degradándonos, llegando al final... Antes, siglos atrás... el Número Uno tenía casi setenta años cuando se puso esta túnica, esta caperuza, este antifaz... Ahora, yo, actual Número Uno de nuestro pueblo... sólo cuento treinta y dos años de edad. Y dentro de poco tiempo, será un simple muchacho el que ocupe mi puesto. Acaso un niño... hasta que todo termine aun antes de empezar... y el esfuerzo de siglos haya terminado para siempre.

—¿Os referís a que la muerte os sorprende antes, tal vez Vuestra vida se acorta...?

—¡La vida! —se expresó desdeñoso, como burlándose de algo—. Hay cosas peores que la propia vida, forastero. Lo cierto es que bien debéis saber a lo que me estaba refiriendo. Mira: éste es mi aspecto de ahora... y por ello soy el Número Uno, reservado siempre al que sufre el más avanzado proceso de corrupción...

Bajó de un golpe su caperuza. Se arrancó el antifaz y se quitó los guantes.

El resultado fue espantoso. Vulkania, como alucinada, desvió sus ojos de él.

Tritón, fascinado, con enloquecido horror, se quedó contemplando aquel espanto viviente que era en estos momentos el Número Uno...

2

MILLONES DE BOMBAS PARA LA PAZ

—Ya visteis lo que nadie de vuestro pueblo tuvo el privilegio de presenciar antes. Tal vez ello os sirva de consuelo al emprender el vuelo hacia lo eterno —dijo tristemente el horror viviente—. Preparaos a morir. Dentro de cinco minutos, se cumplirá la sentencia en ambos. Que Dios se apiade de vosotros y perdone vuestros pecados.

No contestó Tritón. Aún seguía impresionado por el espectáculo delirante que apareciera ante sus ojos. Aquel hombre...

Tras la caperuza, un cráneo pelado, descarnado, viéndose el blanco hueso de la calavera, entre jirones de epidermis purulenta…

Detrás del antifaz, una auténtica calavera, desprovista de carne, con los ojos brillando en las cuencas casi vaciadas… Sin labios ya, desmoronándose las encías pálidas sobre los dientes inseguros… Manos de esqueleto, simple piel podrida sobre los huesos articulados…

La Muerte misma, hecha hombre. Y tras él, todos los silenciosos ciudadanos, mujeres, hombres o niños, igualmente en período de corrosiva putrefacción, perdiendo su carne a trozos, su piel a tiras, como los peores leprosos del mundo…

Eso y su corta estatura, su frágil naturaleza, sus ojos fosforescentes… Un resultado de la radiactividad letal, Tritón estaba bien seguro de ello. Un mal endémico que justificaba muchas cosas. Incluso el odio. Sobre todo, el odio…

—Ahora comprendo —susurró—. El Pueblo Impuro… Los Condenados… Es ésta vuestra cruz, ¿verdad, mi pobre amigo? Es este el espantoso destino, gradual e inexorable, de TODOS vosotros…

—Bien sabéis que así es, ¿a qué viene tanto visaje y tanta conmiseración?

Había amargura y odio en aquella voz. Pero quizá tamizado todo por su propia desesperanza, por su resignación suprema ante lo inevitable, ya tan próximo. Obviamente, el más avanzado en aquel proceso de descomposición física, pasaba a ser siempre el Número Uno… Un curioso y tétrico medio de

sucesión en el poder.

Los antifaces cubrieron de nuevo las deformaciones y purulencias, los rostros descarnados y terribles. Pero ya Tritón nunca olvidaría aquello, aunque en vez de morir minutos más tarde, tuviera que vivir siglos enteros. Ni tampoco Vulkania podría olvidar fácilmente.

—Número Uno, bien sé lo inútil que es protestar y alegar inocencia —suspiró Tritón cansadamente—. Pero te revelaré algo sobre nosotros. Vulkania, mi compañera, es una mujer llegada de otros mundos, hace muchos siglos. En remotas épocas, se petrificó en un glacial, junto a los dinosaurios, y la acción de la superbomba la dotaría más tarde de la capacidad de despertar del letargo hibernético, al derretirse los hielos por una erupción geológica, siglos después del cataclismo. Por mi parte, yo soy Tritón, hombre anfibio creado por el hombre cuando este refugio aún no había sido estrenado estérilmente. Yo supe de la conspiración internacional de un puñado de indignos gobernantes y políticos, y pretendí evitarlo. Me asesinaron por ello. Y una mutación biológica inexplicable, al actuar la radiactividad sobre mí, me ha devuelto la vida y me ha hecho inmune a esa atmósfera asesina que a vosotros os aniquila. Esta es la pura verdad, ¿entiendes? No espero que la creas en absoluto. Pero quizá una vez muerto, averigües que tuve razón, que no te mentí… y ello sirva, cuando menos, para que esperes la muerte con mayor dolor que el que te causa tu propio mal.

—Argumentos ingeniosos e imaginativos —suspiró

el Número Uno escépticamente, moviendo su cabeza en sentido negativo—. Pero, por supuesto, no me dejaré convencer por ninguno de ellos. No tienen valor aquí. Sabemos de la astucia de vuestro pueblo, tan viejo en cultura, estudios y sabiduría. Y en maldad también. Sabemos que cuatro o cinco siglos de vida, no pasan en vano por las personas. Aparentáis ser jóvenes, tal como erais cuando todo este horror comenzó. Pero todo es resultado de vuestra biología artificial, de vuestras drogas milagrosas, de vuestra Ciencia, reservada al uso exclusivo de unos pocos, cuando tanto bien pudo hacer a nuestro sufrido pueblo superviviente, el que pudo luchar contra la destrucción total, aunque al alto precio que habéis visto.

—Un pueblo de siglos de vejez... que aparenta ser joven —se estremeció con horror Tritón—. Pero... ¿quiénes pueden ser ellos? ¿Quiénes sus componentes? ¿Qué sociedad es ésa, que imagináis capaz de disfrutar de una vida eterna y de una juventud imperecedera? ¿Acaso... acaso un puñado de privilegiados científicos, de seres superdotados?

—Sabes que es algo mucho más simple y cruel —habló con aspereza el Número Uno—. Precisamente todos aquellos que nos condujeron al caos. ¡Los responsables de millones y millones de muertos en toda la faz de la Tierra! ¡Ellos salvaron su pellejo maldito, apenas advirtieron el horror que habían desencadenado!

—¿Quieres... quieres decir, Número Uno, que ellos son... son...?

—No hace falta que te lo diga. Los conoces mejor

que yo: ¡los gobernantes, los políticos, los financieros y grandes magnates de la industria de hace casi cinco siglos! ¡Todos los culpables… sobrevivieron a la matanza por ellos desencadenada… y gozan del placer de su vida eterna, allá en Nuevo Edén!

En alguna parte de la ciudad subterránea, zumbó una sirena lúgubre. El Número Uno dejó de hablar excitadamente les miró a través de las rendijas de su antifaz.

—Es la hora —dijo—. Vais a ser ejecutados.

Hizo un gesto con su brazo.

Un enmascarado habitante de la ciudad subterránea, se aproximaba hacia ellos, a la cabeza de varios otros ciudadanos. El primero llevaba en su mano una especie de plateada jeringuilla.

—Que Dios se apiade de vosotros —murmuró el Número Uno—. Será rápido, sin dolor. Nosotros no somos crueles.

Vulkania miró a Tritón. Y él a ella. Luego, esperaron la muerte.

* * *

La jeringuilla de plata se aproximaba primero a Vulkania. Ella se mantuvo serena.

—Será mejor así —dijo piadosamente el Número Uno—. Dejarás de sufrir en seguida, mujer.

—Soy fuerte, no temas —replicó ella, altiva—. Puedo soportar la muerte de mi amigo y esperar la mía propia sin pestañear. Pero sea así, puesto que así lo

queréis vosotros. Tritón, mi vida: hasta nunca. Quiero que sepas que te amo. Me enamoré de ti, no pude remediarlo. Hubiera querido darte ese hijo que tanto soñamos, cuando creíamos estar solos en el mundo.

—Era demasiado hermoso para este mundo vil y sucio que nos tocó conocer, Vulkania. Tampoco era razonable la unión de ambos, por encima del Tiempo y del Espacio. Tenía que terminar mal, querida. Lo siento... Creo que también he llegado a amarte. Adiós, cariño.

La jeringuilla de la muerte se aproximó al cuello de Vulkania.

—Bastará un leve pinchazo —dijo el Número Uno —. No sufrirá.

—Pero dejará de existir. No os odio por morir yo. Pero sí por lo que le hacéis a ella. Espero que algún día, todo el mal que se comete en nombre de la justicia, los mismos hombres lo paguen con su dolor.

—Si hubiera habido una sola prueba de vuestra inocencia, una evidencia clara de que no podíais ser del Pueblo Puro, estaríais a salvo. No es ése vuestro caso, y debe cumplirse la sentencia. Procede, verdugo.

La aguja iba a disparar ya su carga mortal sobre ella. Tritón supo que nada ni nadie podía ya impedir aquel final estúpido. Para llegar a esto, no había valido la pena sobrevivir, volver al mundo de los vivos. Ni Vulkania debió despertar de su letargo de siglos, para un sacrificio tan estéril...

—Es curioso -—comentó tristemente Tritón—. Esa misma gente a quien odiáis, me quitó una vez la vida. Resucité para ir a morir a manos de sus más

encarnizados enemigos. Yo, Tritón, a quien el mundo donó una isla y un mausoleo de leyenda, a quien rindieron honores de héroe los mismos que le habían asesinado antes, víctima de vuestro odio, por imaginar que forma parte de la reducida sociedad de privilegio, establecida por los culpables, hace siglos… Sería motivo de risa, si no resultara todo tan trágico, Número Uno…

Vulkania cerró los ojos. Respiró hondo, apretó los labios…

—Ya está —dijo el verdugo Impuro—. Es el proceso normal. En sólo cinco segundos, morirá sin dolor. Ahora, el hombre…

Avanzó la jeringuilla de plata hacia el cuello de Tritón esta vez. Los ojos llameantes de éste no se desviaban un solo instante de la pálida faz de Vulkania.

Transcurrieron más de cinco segundos. Vulkania seguía respirando. Al fin, para sorpresa de todos, abrió sus ojos. Incluso sonrió, animosa.

—Lo siento —dijo—. Debía recordar que, pese a mi correcta mutación humana, sigo siendo un ser de otro planeta remoto. Vuestros venenos son inmunes para mí… Si queréis matarme, Número Uno…, hacedlo por otros medios, pero no así. Me encuentro perfectamente bien.

E incluso se echó a reír suavemente, para asombro de sus verdugos.

—¡Esperad! —cortó el Número Uno con sobresalto, alzando un brazo vivamente—. Repetid la dosis letal con ella. Y, de paso, sumergid a este hombre en agua

durante cierto tiempo. Si, como dice, es el mítico Tritón de que hablan las Historias que pudimos salvar de la destrucción total... ¡respirará sin problemas en las profundidades!

Tritón suspiró con evidente alivio.

—Eso es lo primero que debisteis hacer —murmuró—. Al fin entráis en razón... gracias a que Vulkania no puede morir envenenada por tóxicos terrestres, del mismo modo que no acusa la acción del calor ni la radiactividad... Espero que esto sí os convenza.

—Si ambos soportáis la prueba, nos habremos convencido de la veracidad de vuestras palabras —afirmó serenamente Número Uno—. Eso es todo.

—Para nosotros, es más que suficiente —Tritón guiñó su ojos a la amazona indómita de otros mundos—. Esto significa la vida, cariño...

* * *

Tritón emergió de las profundas aguas del estanque subterráneo.

Era oscuro y cenagoso el fondo. Pero no le había resultado nada difícil sobrevivir, respirando como si estuviera en la superficie. Sus branquias actuaron a la perfección, pese a los largos siglos de inactividad.

El único hombre-anfibio del mundo, había salvado triun- falmente su prueba. Ante el general estupor de unas personas que no hubieran apostado por él lo más mínimo, había regresado tranquilamente del fondo de las aguas cenagosas, con una sonrisa en su rostro de

mito viviente. El agua corría por sus músculos, haciendo brillar la epidermis broncínea del joven héroe.

—Y bien, ¿convencidos ya? —fue su primera pregunta.

Vulkania se arrojó en sus brazos. Era la primera vez que le veía lanzarse a lo que parecía una aventura imposible. Casi media hora en el fondo de un estanque, regresando luego sano y salvo, sin ningún procedimiento respiratorio, revelaba que Tritón era justamente lo que había dicho: un ser mitad hombre, mitad pez.

—Te felicito —suspiró la voz del Número Uno, con alivio—. Había empezado a sentir por vosotros cierta simpatía. Me hubiera dolido profundamente comprobar que mentíais. Ahora, sólo puedo deciros: ¡bienvenidos al Pueblo Impuro! Olvidad nuestra triste fealdad, y pensad que, pese a todo, aún es la más importante la belleza que está más allá de lo puramente físico. Cierto que odiamos en exceso, pero aprendimos a odiar durante siglos. Y ellos sólo nos enseñaron el aborrecimiento, el rencor, la desesperación de nuestro triste destino, en tanto ellos disfrutan de esa inmortalidad indigna, comprada al diablo a través de la Ciencia que han querido usufructuar para sí solos, en exclusiva cruel e innoble...

—Y ellos... ¿no sufren los efectos de la radiación? —indagó Tritón, sosteniendo en sus brazos firmemente a Vulkania.

—No, ellos no. Nuevo Edén, es hermético. Jamás

entró allí ni un leve soplo de muerte de la atmósfera envenenada de la Tierra.

—Nuevo Edén... ¿Qué es ello, exactamente?

—La superfortaleza creada por los propios responsables del caos mundial, en previsión de lo que pudiera suceder cuando ellos gobernaban el mundo...

—Entiendo. Pero, ¿qué es y dónde se halla?

Evidentemente, no era una pregunta de respuesta sencilla. El Número Uno se encogió de hombros, con ojos ensombrecidos súbitamente.

—Me gustaría poder concretar en ese sentido, pero no va a ser fácil —declaró tras una duda.

—¿No? —enarcó las cejas Tritón, intrigado—. Imaginaba que sabíais perfectamente el lugar donde vuestros enemigos naturales se ocultan...

—Realmente, puede decirse que lo sabemos, pero de un modo ambiguo. Ellos tomaron siempre sus máximas precauciones para no ser localizados con facilidad. Y así, se da la circunstancia de que los hombres que intentaron descubrir su paradero exacto, no lograron su objetivo, gracias a las medidas protectoras que ellos pusieron en juego para impedirlo.

Era una explicación sorprendente y oscura. Tritón manifestó su extrañeza.

—No acabo de entenderlo. ¿Cómo pueden hacerlo?

—Supongo que poseen medios para no ser detectados con exactitud. Saben que una de las bazas más importantes para mantener incólume su santuario, es impidiendo que sus enemigos conozcan su emplazamiento. Tal vez no crean en su

inexpugnabilidad total y por ello recurran a tales medios.

—Parece evidente, pero, ¿qué medios son ésos? —insistió Tritón, perplejo.

—Ya os he dicho que la Ciencia no posee secretos para ellos. Cuando llegó el cataclismo definitivo, se reunieron y buscaron refugio en el lugar escogido de antemano. Acaso pensaron que todo pasaría y que, tras ello, el mundo, más o menos en ruinas, continuaría igual y ellos saldrían de allí para continuar manejándolo a su antojo, como hasta entonces.

»Las cosas, sin embargo, no eran tan sencillas. Ni mucho menos. Su obra había resultado el exterminio total del mundo. Solamente los lugares como Australia, se Rebatían en una lenta, pero irremisible agonía, a medida que se aproximaba aquí la nube fatal, desde el lugar crítico donde se produjo la reacción termonuclear en cadena. Nuestros antepasados, los australianos, intentaron lo imposible por resistir ante la muerte. No puede decirse que fuese todo un éxito, si hemos de ser sinceros. Yo, a esto que hoy vivimos aquí nosotros, no puedo considerarlo triunfo, desgraciadamente.

»Pero sobrevivieron. Al principio, las lacras de la radiación no surgieron sino lentamente y en casos aislados. Sus refugiados parecían seguros. Pero no lo eran. Fueron cediendo, siendo invadidos por la radiactividad, por el mal que se filtraba por doquier, alcanzando a los humanos agrupados aquí.

»Mientras tanto, los políticos, los gobernantes, los grandes magnates, los hombres que manipularon el

mundo, bien desde la sombra, bien desde los más altos cargos públicos, habían logrado ya entrar en su refugio especial, y ése sí resultó invulnerable a toda radiactividad o emanación letal del exterior.

»Ignoro cómo lo hicieron, si he de serte sincero. Su obra fue perfecta, no hay duda. Tenían alimentos, medicinas, laboratorios, técnica suficiente allí dentro para constituir un pequeño mundo, dentro del que ellos mismos habían sacrificado estúpida y vergonzosamente.

—Pero ese refugio estaría en alguna parte...

—Estaba en alguna parte, por supuesto. Como lo estará ahora. Pero, ¿dónde? Sólo disponemos de teorías, suposiciones... Los mecanismos que quedaron a nuestra disposición, a la de nuestros antecesores, fueron escasos y de limitada eficacia. Ellos, sin embargo, dominaban toda clase de medios técnicos y científicos, desde el interior de una auténtica fortaleza destinada a ser un refugio durante largo período de tiempo, si lo peor sucedía.

«Tan largo período, Tritón... que aún dura.

—¿Pudieron resolver el problema del aire respirable?

—Es evidente. Utilizarán filtros especiales, medios de impedir que penetre la radiactividad. Sólo reciben el oxígeno suficiente para su vida normal.

—¿Y los alimentos? ¿Y el agua?

—Química, Tritón. Alimentos en tabletas, hidratos... Quizá su stock posea un límite, pero ése debe pertenecer al futuro. Llevan casi cinco siglos encerrados allí, y nunca les ha faltado nada. Están

sanos, fuertes, bien alimentados...

—Un momento, Número Uno —cortó Vulkania, también dominada por la perplejidad y el interés más profundo—. Algo tiene que fallar en esa perfección. ¿Seguro que son ellos mismos, que su longevidad se eleva a... a cinco siglos?

—Seguro, mujer. Son ellos mismos. Su ciencia les concedió el poder de la inmortalidad, de la renovación paulatina de sus tejidos, conservando así también su juventud inicial.

—¿Sólo hay... hombres allí dentro? —indagó ella.

—No. También mujeres. Sus concubinas. Sus concubinas o sus esposas, no sé. Hay mujeres.

—¿Y... la fertilidad?

—Laboratorio. Fertilidad artificial. Y procedimientos drásticos, control tajante: se; ejecuta a todo recién nacido que no interese o que sobrepase el límite fijado de ocupantes de la fortaleza. El que voluntariamente desea morir, es eliminado con frialdad, con la misma falta de humanidad con que se eliminaban muebles u objetos viejos, en el pasado. Eso sucede con quienes se cansan de vivir. Ha habido algunos casos, a lo largo de estos siglos.

—Un Edén falso y cruel —suspiró Tritón, con expresión sombría—. El último reducto para el hombre sano. Si no pueden salir de allí, ¿qué esperan? ¿Cuál es su objetivo final?

—No lo sé. Acaso esperan sobreponerse a la radiactividad misma, aguardar a que el mundo sea habitable de nuevo... Poseen metales preciosos, poseen los conocimientos de toda una civilización: técnica,

arte, industria, literatura... Todo está allí. Todo se guarda para una posteridad que, tal vez, no llegue nunca.

—Y, mientras tanto, vosotros fuisteis alcanzando el actual nivel... —se lamentó Tritón, amargamente.

—Nadie pudo evitarlo, amigo mío. De generación en generación, la lucha contra el medio ambiente fue siendo peor y más difícil. Era una batalla perdida de antemano. Hemos soportado, sin saber siquiera si valió la pena. Ellos saben que existimos. Nos llaman El Pueblo Impuro, los Condenados... A veces, hemos oído sus voces, sus insultos...

—¿Voces? ¿Insultos? ¿En qué modo?

—La radio, Tritón. Hay emisores y receptores que sobrevivieron. Los hemos cuidado. Ellos los utilizan para hablarnos, para irnos minando las pocas esperanzas que aún quedan. Desean nuestro exterminio. Porque saben que, de sobrevivir uno solo de nosotros, de perpetuarse la especie que representamos ya tan tristemente, el odio sería infinito, y tendrían que enfrentarse a él, cuando llegase el momento de abrir las puertas de su aséptico refugio, para iniciar otra vez el control del mundo. Es su sociedad la que quieren salvaguardar, no la nuestra.

—Sois su obra, su conciencia viva. Por eso sienten horror de saberos vivos.

—Han capturado, a veces, a algunos de los nuestros. No sé cómo lo hacen, pero escuchamos sus voces desde el interior, a través de la radio. Les torturaron, antes de ejecutarles fríamente.

—Entiendo. Por eso vosotros respondéis de igual

modo. ¿Alguno de ellos se aventuró fuera de su refugio?

—Sí, hubo algunos: exploradores, espías o luchadores que pretendían exterminarnos con algún arma química. También nosotros fuimos sumarios en nuestro modo de obrar, y ejecutamos a los intrusos. Pero sin recurrir a la tortura para ensañarnos con ellos, pese a cuanto significan en nuestra mente y en nuestra ideología.

—Lo comprendo. Así están las cosas, a lo largo de los siglos, entre un pueblo representado por centenares de seres enfermos, y… y los que pretenden simbolizar la salud y la fortaleza, la seguridad y el poder. Por cierto… ¿son muchos los que se ocultan en ese falso mundo hermético, donde aguardan su futuro y el del planeta?

—Son bastantes. Yo diría que más de un centenar, en los principios, ahora quizá sobrepasen los quinientos, contando con los que murieron por voluntad propia, cansados de su longevidad sin objeto, y con los que nacieron, bajo su riguroso control de selección.

—Imagino que sólo permanecen vivos los hijos física y mentalmente perfectos…

—Eso parece fuera de toda duda —suspiró el Número Uno, moviendo su cabeza enmascarada con aire lúgubre—. La super-raza. Lo de siempre, Tritón. Lo que los tiranos intentaron en todo momento alcanzar, movidos por una ideología fanática.

—Entiendo todo eso. La falsa utopía de esos seres, dueños absolutos de ciencia, técnica, energía,

alimentos y medios de defensa contra el medio ambiente que aniquiló casi totalmente la vida en el planeta, se mantiene intacta porque en ella se basa su propia fuerza. Sin embargo, pienso en un refugio de colosales proporciones, para alojar a medio millar o más de seres vivientes... con un mínimo de comodidades, sin contar las instalaciones donde han de mantener sus laboratorios, archivos, almacenes y espacios vitales para tan larga, tan interminable existencia de aislamiento total.

—Ese es uno de los grandes misterios de su refugio secreto, Tritón -—confesó el Número Uno—. No hay duda de que hemos llegado a una conclusión lógica y aplastante: su Nuevo Edén es... expansible.

—Crece a voluntad, ¿entiendes? —resopló el contaminado de esqueleto descarnado, que ocultaba su terrible lacra bajo la máscara y los ropajes—. Es... es, posiblemente, algo químicamente variable en forma, en volumen...

—Materia variable... que se adapta a voluntad a un número creciente de seres vivos. —Atónito, Tritón meneó la cabeza—. Cielos, suena a fantástico..., pero puede que exista esa materia, del mismo modo que hicieron de mí un anfibio, y que descubrieron la inmortalidad, la droga que evita las enfermedades y todo lo demás.

—Nosotros también pensamos así, en el pasado. Nuestros antecesores nos dejaron claramente expuesta su teoría. No poseemos medios apenas para desarrollar nuestra inteligencia, no disponemos de tiempo material para crear una cultura adulta, dada la rapidez

de nuestro ciclo vital y nuestra muerte inexorable a corto plazo. Pero hay personas inteligentes entre nosotros. Y ellas luchan por alcanzar la verdad...

—Lo comprendo. Sólo que resulta difícil de admitir la existencia de ciertas cosas. Ese refugio o fortaleza de los prohombres del mundo... seguimos sin saber dónde está. ¿Por qué, amigo mío? ¿Qué es lo que se opone a que lleguemos a su verdadero emplazamiento, a conocer su exacta situación?

—Eso es lo más terrible de todo. Muchos de nosotros lo intentaron en vano: encontrar el lugar maldito... ¡y atacarlo con bombas rudimentarias, si era preciso, pero que abrieran fisuras en su envoltura hermética!

—Sólo quisiera saber algo: ¿por qué sabéis que existe ese lugar, pero ignoráis su emplazamiento? Es la pregunta que no tiene respuesta aún, lo que no consigo entender aún...

El Número Uno le contempló largamente. Luego, trató de explicarse concisa y claramente, a pesar de lo extraño de la cuestión:

—Su fortaleza es gigantesca. Es de una materia que se dilata y adapta a sus necesidades. Pero hay algo más: se mueve.

-—¿Es... un vehículo? —frunció el ceño el rabio y gigantesco héroe anfibio.

—Debería serlo. Pero, jamás, persona alguna de nuestro pueblo, descubrió vehículo de ninguna clase en suelo terrestre o flotando en el aire. Sencillamente... nunca vieron ni hemos visto la fortaleza. Sabemos que se desplaza, que cambia de

lugar, porque los imperfectos detectores que poseemos acusan su presencia magnética en lugares diversos, que cambian constantemente, aunque siempre en regiones australianas… A veces, notamos su presencia peligrosamente cerca… o increíblemente lejos. Pero en el momento de lanzarnos en su busca, los detectores marcan su desplazamiento, su rápido cambio de lugar… y nadie llega a vislumbrar lo que ello sea, vehículo o edificio rodante, nave o estructura móvil de cualquier naturaleza.

—¿Nada de nada?

—Nada de nada —suspiró el Número Uno—. Ni siquiera cuando lo tuvimos tan cerca de nosotros que hubiéramos podido alcanzarle con sólo una breve carrera hacia un determinado punto cardinal.

Tritón y Vulkania cambiaron una mirada de asombro sin límites. Ella reflejaba astucia, agudeza, en la expresión relampagueante de sus grandes ojos oscuros.

Y de repente, expuso su teoría concreta y peregrina:

—¿No habéis pensado acaso que esa fortaleza puede ser… *invisible*?

3

ORO MORTAL EN LA ULTIMA CENA DEL HOMBRE

Tritón saboreó la fruta contaminada que, pese a

todo, conservaba su buen sabor.

—Luego, sus ojos buscaron una imposible lejanía, dentro de las regiones subterráneas del Pueblo Impuro y su mano oprimió los dedos cálidos de Vulkania, tendida junto a él. Dejó resbalar la otra mano sobre sus muslos de Walkiria mitológica, tras apurar el fruto.

—No. Nunca pensaron ellos en eso, Vulkania —manifestó, como siguiendo el hilo de una serie de pensamientos internos.

—¿La invisibilidad? —ella tuvo un leve encogimiento de hombros, y una especie de sombra de sonrisa iluminó sus labios carnosos—. Sin embargo, es la única explicación posible, diría yo.

—Un refugio invisible… y perfecto. Al que nadie puede llegar. Ni siquiera las relaciones de muerte —suspiró Tritón, sacudiendo la rubia cabeza—. Extraño y complejo lugar ése, Vulkania. Quizá en tu mundo pueda ser imaginable, y por ello lo mencionaste, pero entre nosotros…

Ella entornó los ojos, respirando con fuerza. Bajo el tejido blanco de que la habían provisto los Impuros, sus senos, exuberantes, palpitaban ostensiblemente.

—Mi mundo… —repitió como en éxtasis—. Creo que voy evocando cosas de él, casi inadvertidamente, en el fondo de mi subconsciente, querido. Es posible que proceda de remotas Galaxias, que fuese el símbolo de una forma de civilización y de naturaleza viva e inteligente. Acaso, en un principio, ni siquiera era así, humana, como ahora me ves. Luego, la mutación me adaptó al mundo visitado, los glaciares me petrificaron… Y esperé mi despertar en el futuro,

perdiendo un poco la noción de quién soy y del lugar de dónde llegué. Pero lo cierto es que la invisibilidad de la materia no me parece improbable. Basta que un cuerpo absorba los rayos luminosos sin reflejarlos. Entonces es invisible.

—En teoría, es lo más sencillo del mundo. Yo me pregunto, Vulkania: ¿qué materia sólida es capaz de no reflejar la luz?

—Imagina un cristal purísimo, perfecto, transparente hasta lo máximo —sonrió ella—. No habría reflejo al atravesarle el rayo de luz. Eso sería invisibilidad.

—Pero *estaría* allí. Se podría, cuando menos, palpar. Y nadie ha rozado siquiera de lejos la materia de ese refugio que nadie ha visto.

—Para lo que no es visible, resulta juego de niños eludir el roce con lo visible. Ellos siempre tienen ventaja.

—De modo que ellos... también serían invisibles, aparte de inmortales. ¿Una nueva especie de dioses, de malditas criaturas invulnerables, Vulkania?

—Sólo hombres, Tritón. Hombres poderosos, dueños de una magia más poderosa que ninguna otra: la Ciencia. Dedican toda su vida a investigar, a proteger su seguridad, sus vidas. Poseen medios, conocimientos... ¿Qué más puede pedirse para llegar a la perfección en lo que se propongan? Al principio, tal vez el refugio elegido no era invisible. Ni se desplazaba. Luego, con el tiempo a su favor, con el reloj corriendo en beneficio suyo y contra los Impuros o cualquier otro ejemplar humano... alcanzaron todo

lo que se propusieron, hasta llegar a hoy, a su actual condición de casi auténticos superhombres, situados fuera del alcance de los mortales. Y nunca mejor empleada esa palabra, Tritón.

El joven anfibio reflexionó sobre las palabras de Vulkania. En torno de ellos, la mesa, generosamente servida, la música antiquísima, que un día fuera moderna, conservada en viejas y defectuosas grabaciones magnéticas, repetidas millones de veces a lo largo de los siglos, como algo entrañable, que se conserva contra todo y contra todos...

Una fiesta de bienvenida de los Impuros, acaso para hacerles olvidar un poco su amargo inicio en poder de ellos, cuando les creyeron seres del Pueblo Puro, de los Perfectos, encerrados en su mundo casi imposible, intangible e inaprehensible como el propio aire.

Pero había en todo aquello algo de fatalista, de triste y siniestro. Convivir con un pueblo que se desmorona, que sufre la erosión de su propia carne, como principio de un final pavoroso y amargo, no puede tener alegría, ni siquiera ante su vivo ejemplo de energía, de obstinación y de indómita rebeldía ante lo inexorable.

Tritón se sentía oprimido por el ambiente del Pueblo Impuro, por su claro destino sombrío ante la casi mágica mención de un pueblo aséptico, poderoso, cruel e implacable, fundado por los mismos que debieron pagar, antes que nadie, el trágico error cometido, casi cinco siglos atrás.

Ahora, en la Veinticinco Centuria de una Era ya

muerta o agonizante, las cosas no eran precisamente mejor que entonces. Ni tan siquiera diferentes. Continuaban los oprimidos, los sojuzgados, a merced de los prohombres públicos, a merced del Poder y del Dinero, como máxima expresión de tiranía y abuso sobre las gentes de triste destino.

Ni siquiera la superbomba, el holocausto total, el Apocalipsis anunciado, había llegado a cambiar las cosas. Unos pocos, privilegiados, eran aún los dueños del mundo. Casi como había sucedido siempre, desde que el mundo fue mundo.

Tras un silencio meditativo, durante el cual todas esas ideas pasaron por su mente, aturdiéndole e incluso provocando su irritación, su ira impotente frente a lo irremisible, el joven anfibio habló:

—Vulkania, creo que enloqueceré si sigo pensando en todo ello.

—¿Por qué motivo, querido? Nada podemos hacer tú y yo contra lo que está ya establecido. No somos dioses, tampoco. Sólo un hombre y una mujer.

—Pero un hombre y una mujer privilegiados, Vulkania: sobrevivimos en cualquier ambiente, y no sufrimos dolor. Hemos vencido a la propia muerte, diría yo. ¿Por qué? Porque tú no eres solamente humana en tu origen. Porque yo he sufrido una mutación, quizá marcada por mi biología, alterada cuando hicieron de mí un anfibio, un producto extraño de la naturaleza a través del tratamiento científico... Me preguntaba si...

—Si... ¿qué, Tritón? —le miró ella dulcemente, como si presintiera lo que pensaba, lo que iba a

sugerir.

—Me preguntaba, Vulkania, si todo eso no significará que, cuando menos… debemos… intentar que nuestras insólitas vidas tengan un objetivo…

—¿Qué objetivo?

—Supongamos que el de ayudar a estos desdichados. Si no a sanar o sobrevivir, cosa imposible ya, sí a ver con optimismo el futuro, a confiar en que un día, sus nietos o biznietos hayan superado realmente la maldición biológica, y sean capaces de sanar, de vivir como auténticos seres humanos…

—¿Cómo se lograría eso?

—Digamos que con la droga maravillosa que los gobernantes poseen: el medio de combatir toda enfermedad humana. Un largo tratamiento, de padres a hijos, tal vez terminará por vencer a las radiaciones y sus efectos. Tal vez llegaría una nueva mutación hacia un ente mejor y más sano…

—Habría valido la pena, sí —suspiró ella—. Pero, ¿cómo conseguirlo? ¿Qué sugieres tú que deberíamos hacer, cuando menos para intentarlo? ¿Cuál sería el primer paso?

—Evidentemente… encontrar el Nuevo Edén. Encontrarlo, aunque sea invisible y se desplace por tierra, mar o aire, Vulkania…

* * *

—¡Encontrar el Nuevo Edén! Tritón, ¿es que te has vuelto loco?

El Número Uno contemplaba, con aquellos

ardientes ojos suyos, capaces de brillar en la oscuridad, al hombre que le hablaba de una empresa increíble, con la mayor naturalidad del mundo,

—Creo que disto mucho de sentirme loco. —Rió suavemente él, sacudiendo su dorada cabeza de nibelungo mitológico—. Sencillamente, quiero ayudaros.

—No, no debes hacerlo. Mi gratitud por ello es inmensa, pero nadie puede ayudarnos ya. Ni a mí, ni a mis hermanos de comunidad…

—No hablo de ti o de tus hermanos, Número Uno. Existen otros seres. He visto niños con antifaz. Y mujeres adolescentes. Supongo que su carne empieza a corroerse ya, a caer a pedazos, víctima de esa horrible lepra radiactiva.

—Es cierto —bajó la cabeza el Número Uno—. Pero si empezó el proceso, tampoco puedes hacer ya nada por ellos.

—Habrá otros. Sus hijos. Y los hijos de sus hijos —Tritón se irguió, con fiereza y resolución—. Ellos sí pueden ser salvados aún.

—Es posible, sí… —confesó amargamente el Número Uno, con un atisbo leve de esperanza en su voz—. Cielos, amigo mío. Espero que entiendas, sin embargo. No es posible hacer nada. Ni intentarlo siquiera. No sabrías dónde buscar, cómo alcanzar ese lugar maldito…

—Algunos de vosotros lo alcanzasteis… ¿no es cierto?

—Para morir en él, sí —admitió, con tristeza, el jefe de la comunidad—. Realmente, eso no merece la

pena. No resolverá nada, salvo sacrificar tu generosa vida, que quizá pueda tener mejor y más alto destino, en otro lugar cualquiera de este pobre mundo nuestro.

—No puede haber mejor ni más alto afán —replicó Tritón—. Por otro lado, recuerda que Vulkania no puede morir fácilmente a manos de los hombres. Y yo aún ignoro si soy mortal, como lo fui antes… o he vuelto a la vida con una inmortalidad fruto de mi mutación. ¿Qué mejor ocasión para salir de dudas?

—¿Morir es una buena forma de salir de dudas? —argumentó penosamente el Número Uno.

—Evidentemente, serla una respuesta —sonrió el anfibio—. Pero no busco precisamente esa clase de respuestas. ¿Por qué no ser optimista, y pensar que todo puede ser distinto?

—Porque ello es imposible. Los superiores, los Perfectos, no pueden ser vencidos. Lo poseen todo. Llevan siglos de triunfo, de supervivencia, de poder. Tus fuerzas, con ser muchas, no pueden bastar en tan desigual batalla, créeme.

—Lo veremos —sonrió él—. Ellos me asesinaron. Y estoy con vida. Puedo volver a ellos. En cierto modo, ya es algo. Mucho más de lo que yo hubiera sido capaz de pedir, cuando advertí, demasiado tarde, qué iban a ejecutarme despiadadamente. Si muero ahora… no habré perdido nada. Volví a la vida, y necesito saber para qué. Voy a ir en busca del refugio invisible.

—¿Y Vulkania?

—Vendrá conmigo. Ella ha elegido el mismo camino que yo siga, sea cual sea. Vamos juntos a todas partes, para bien o para mal.

—Entiendo —le miró largamente, con una humedad patética en sus ojos luminosos. Le tendió, muy despacio, la mano enguantada que ocultaba aquella terrible mano descarnada por el mal—. Te deseo lo mejor, Tritón. No ya por nosotros, sino por ti mismo. Lo merecéis todo, tú y tu compañera. Si puedo hacer algo por ti, sabes dónde encontrarme…

—Lo sé. Pero es ahora cuando puedes hacer algo por Vulkania y por mí.

—Dilo, y está hecho, Tritón.

—Necesito dos túnicas, dos caperuzas, dos antifaces, dos pares de guantes…

Los ojos del Número Uno centellearon. Asintió.

—Entiendo. Sé lo que te propones…

Tritón sonrió, afirmativo.

—Cuando menos, debo intentarlo —dijo—. Si ellos no vienen a mí, como la montaña… yo debo ir a ellos. Y ése es el medio de hacerlo…

* * *

Un árido viento caliente agitaba la tierra del páramo inmenso, la llanura interminable y llana, donde un día corrieron los exóticos canguros que Tritón recordaba de su niñez.

Ahora, grandes grietas, sequedad y silencio, eran las constantes inmutables de aquel ambiente de pesadilla, bajo el cielo color de plomo.

La pareja extraña, silenciosa, se movía como un par de peregrinos perdidos en la planicie sin fin. Dos simples siluetas humanas, en marcha inmutable,

flotando al aire ardiente sus túnicas livianas y amplias, de color gris una, de color azul la otra... Sus colores denunciaban su sexo: hombre y mujer. Una pareja de caminantes perdidos en un mundo de pesadilla, sin rumbo fijo, como deambulando, errantes, hacia la nada.

Bajo las caperuzas, los antifaces ocultaban sus rostros. Parecían realmente hermanos de comunidad del Número Uno, miembros del Pueblo Impuro, en marcha hacia alguna parte indeterminada y utópica.

Sólo sus ojos, carentes de fosforescencia, revelaban la superchería bajo el antifaz. Pero Tritón confiaba en que ese detalle no fuese percibido por los Puros. O lo fuese demasiado tarde, cuando menos.

La marcha duraba tiempo. Acaso duraría más aún. No confiaba en hallar inmediatamente a los que buscaba. Pronto alcanzarían de nuevo la orilla del mar y quizá no hubieran dado aún con su objetivo. Era igual. Insistirían; una y mil veces, si era preciso.

Tierra adentro, bordeando el mar... Recorriendo las llanuras resecas. O los boscajes milagrosamente indemnes en tierra australiana, si bien saturados de partículas radiactivas, que alteraban su naturaleza y mutaban a los vegetales hasta hacerles cambiar, a veces, a cuerpos vivos, en movimiento, dotados de voluntad propia, como era el caso de las misteriosas lianas para ligaduras.

Por todas partes, ambos seres buscarían su objetivo. Por doquier esperarían siempre a ser localizados por alguien. Y capturados, como antes lo fueran otros miembros de la comunidad del Pueblo

Impuro.

El cebo estaba lanzado: eran ellos mismos.

Ahora, sólo faltaba esperar que el invisible enemigo picase el anzuelo. Aunque lo cierto es que ni Tritón ni Vulkania podían estar seguros de que no fueran a ser ellos quienes terminaran por perecer, en el peligroso juego con tan terribles e implacables enemigos.

La marcha se prolongó durante muchas jornadas más. En aquel dantesco desfile de paisajes muertos, olvidados, perdidos en el silencio eterno del mundo que agonizaba desde hacía ya cinco centurias.

Vulkania se dejó caer, con un gemido, en la grisácea playa triste. Movió su cabeza, cubierta por la caperuza azul.

—No puedo más —se quejó—. Son demasiados días de andar, andar y andar sin ver nada.

—Es agotador, ciertamente —resopló Tritón, cayendo a su lado—. Descansemos. Si cae pronto la noche, dormiremos aquí, frente al mar. Tal vez mañana, todo sea diferente…

—Tal vez —admitió ella, escéptica—. O quizá todo siga igual, y no encontremos nada ni a nadie…

Tritón la rodeó con su brazo. Besó sus labios carnosos, que asomaban bajo el antifaz azul. Sintió el estremecimiento del cuerpo turgente de ella, bajo la levedad de la túnica.

—Vulkania… —musitó—. Te amo. Es lo único que me mantiene en pie, que da alientos a mi persona, que me impulsa a seguir adelante, siempre adelante…

—Querido, creo que nunca ya podría separarme de

ti y continuar con vida —susurró ella, devolviéndole el beso, acariciando aquel rostro que el antifaz gris ocultaba a su mirada.

Sus cuerpos se enlazaron en un abrazo apasionado.

Y justamente en ese momento, un fulgor deslumbrante cayó sobre ellos, pareciendo surgir de la nada. Vulkania exhaló una exclamación de sorpresa. Se aferró con mayor fuerza a Tritón, y él miró en torno inútilmente, cegado por la centelleante claridad, en la que parecían ahora totalmente envueltos.

—¿Eh? —estalló—. ¿Qué significa esto?

La luz se extinguió inmediatamente. Sus ojos, deslumbrados, descubrieron lo que había en torno de ellos, dificultosamente, tras unos parpadeos.

La playa había desaparecido. El mar calmoso, la arena gris, el cielo plomizo y turbio, el ámbito de soledad y mutismo... Todo.

Estaban en una cámara circular, blanca y aséptica, de paredes luminosas. En medio de ella, como insectos apresados en una red. Abrazados aún el uno al otro. Mirando todo aquello con estupor. Y mirándose también entre sí, estupefactos.

—¿Qué ha sucedido, Tritón? —musitó ella ahogadamente.

—No lo sé. Pero creo que, finalmente, hemos llegado a alguna parte.

Ella no dijo nada. El no añadió más. Ambos entendían. Para bien o para mal, para su fortuna a su desgracia definitiva, habían llegado a su meta. Estaban seguros de eso. Se encontraban ya en el interior del Nuevo Edén, la fortaleza invisible y errante de los

Hombres Puros o Perfectos.

Habían sido atraídos, absorbidos por «algo». Por tanto, debían considerarse prisioneros de alguien.

Por si quedaba alguna duda al respecto, una voz fría se expresó en varios idiomas antiguos de la Tierra, a través de ocultos altavoces, sin olvidarse del inglés calmoso de los australianos originales:

—No intenten nada. No se desesperen ni sufran. Están en Nuevo Edén. Son nuestros prisioneros y serán juzgados como tales. Tendrán ocasión de defenderse legalmente ante la Justicia de los Perfectos. Si son culpables del delito de espionaje o de odio al Pueblo Sano, serán ejecutados inmediatamente. Si prueban su inocencia en tales cargos, el Tribunal de Apelación resolverá su caso. Bienvenidos a Nuevo Edén.

Era un recibimiento gélido, amenazador, envuelto en asépticas frases de hipócrita bienvenida y cortesía. El mundo, allí, continuaba siendo el mismo que conociera Tritón, cinco siglos antes. Aún se podía exterminar, asesinar, condenar en monstruosos remedos de procesos justos con la máscara de la legalidad, el orden y la justicia. Y se tenía una palabra amable para los sentenciados a exterminio. Así había sido la sociedad, durante años. Así fue, a veces con mayor ensañamiento, como en las dictaduras y tiranías. Como en la implantación de penas capitales, de ejecuciones frías y despiadadas, contra toda ley natural y humana.

Todavía existía un lugar, en el caótico mundo actual, de convencionalismos tan rotos y triturados como las vidas humanas y sus sociedades, donde lo

convencional, lo falso y lo falaz, continuaba siendo parte de la vida misma, en un vano empeño de teñir de amable lo que era monstruoso y cruel.

Ese lugar era Nuevo Edén, como él había imaginado.

—Tritón, ¿qué va a suceder ahora? —murmuró roncamente la voz de Vulkania, bajo la caperuza de su disfraz de

Impura.

—No lo sé. Parece un mundo deshumanizado al máximo. Han vivido tan encerrados en sí mismo, y en su soñada superioridad sobre los demás habitantes que sobrevivieron al caos, como lo hicieron antes, cuando eran los prohombres de una sociedad manipulada por ellos, desde el Poder o desde los grandes centros de finanzas. Ellos crearon guerras, modelaron reyes y dictadores, ministros y generales… Ellos levantaron imperios económicos, para derrumbar otros. Y no conformes con eso, cuando llegó el momento, aplastaron su propio mundo, para venir a refugiarse durante siglos a este remedo de sociedad perfecta que es Nuevo Edén…

—¿No estarán escuchándonos?

—Posiblemente. Son viejas rémoras de una sociedad masificada y controlada desde oscuras y secretas zonas de mando: micrófonos ocultos, acaso ojos electrónicos… Televisión, auriculares… Espionaje a ultranza. El desmenuzamiento, la disección total del individuo, de la familia, de la sociedad toda. Nada escapa a los ojos del poder. Nada elude su total control. No se habla, no se piensa, no se respira.

Cualquier idea propia, cualquier palabra libre, es subversión, es rebeldía, es delito contra el Estado. Eso les sirvió de mucho, por entonces, Vulkania. Y sigue siendo válido en esta isla de tiranía totalitaria.

Hubo un silencio. Tritón abrazaba a Vulkania. Estaba seguro de ser vigilado, escuchado y examinado por mil ojos taladrantes, despiadados, amenazadores y fríos. En alguna parte, una o varias mentes estarían dictando ya sentencia, preparando la gran farsa de un proceso. Uno más, en el devenir de los tiempos, en la historia de las mentiras y los errores del Hombre...

—Por primera vez. Tritón, en mucho tiempo... tengo miedo —susurró Vulkania, mirando en torno, aprensiva.

—Siempre se teme aquello que se desconoce. Aquello contra lo que es imposible luchar, porque no se palpa, porque nos ahoga de modo intangible, pero preciso, mecánico, despiadado. El peor enemigo del hombre es el propio hombre y su afán de superioridad. Eso es lo que experimentas tú ahora, querida...

De repente, una nueva luz centelleó ante él. Algo, una rara fuerza arrancó de sus brazos a Vulkania. Captó el grito de ella, sintió que perdía su cuerpo en la luminosidad súbita. Furioso, se debatió en vano, en medio de aquel relámpago cegador, aullando:

—¡No! ¡Eso, no! ¡No os la llevéis! ¡No nos separéis! ¡Vulkania, Vulkania, amor mío! ¡Vuelve, vuelve! ¡Canallas, cobardes! ¡Nunca lograréis separarnos a ambos! ¡Nunca!...

Pero lo cierto es que ya lo 'habían logrado. Cuando la luz se extinguió, como sucediera en la playa

australiana, Tritón ya no estaba en la cámara blanca y circular, sino en medio de una plataforma oval, ante un estrado donde se alineaban hasta cinco seres de capucha plateada, tras la estructura de vidrio plástico, luminoso, que les servía de pupitre.

Y estaba solo. Solo en medio de una vasta amplitud, deslumbrante y aséptica, hasta rozar lo glacial. Solo frente al extraño, inquietante, rígido tribunal.

Una voz hueca brotó, retumbando sonora, en los muros y bóvedas, de debajo de una de las caperuzas platinadas. Invisibles ojos, tras las ranuras de las máscaras, se clavaban en él, amenazadores. No se movió miembro alguno del tribunal:

—Hombre del Pueblo Impuro. Habla. Defiéndete. Se te acusa de espionaje. Y odio contra nuestro Pueblo Puro. ¿Qué alegas? ¿Inocente o culpable?

—Inocente —silabeó Tritón, lívido. Y avanzó un paso, aullando de repente—: ¡Cerdos! ¿Qué hicisteis de ella, de mi compañera?

La voz retumbó de nuevo, en tanto una descarga magnética paralizaba el cuerpo musculoso y gigante de Tritón:

—Repórtese el acusado ante ese Tribunal. Otra ofensa, implicará la pena capital, con torturas previas, aun demostrando su inocencia en otros cargos. Ahora, trate de probar su defensa, sin lugar a dudas. Sólo por el hecho de alejarse de su comunidad, el hombre Impuro demuestra que intentaba espiar, localizando el paradero de nuestro refugio.

—Falso —replicó Tritón, conteniéndose excitado

—. Yo no buscaba vuestro refugio. No vine a él. Vosotros me capturasteis contra mi voluntad.

—Nada hace un Impuro, lejos de su comunidad. El solo hecho de abandonar la tribu, implica delito. Un Impuro no tiene derecho a desplazarse a parte alguna. Es nuestra ley.

—¡Yo no soy un Impuro! —aulló Tritón, furioso. Se arrancó la caperuza, el antifaz, rasgó su túnica gris, revelando su poderosa estatura, su vigorosa humanidad, su recia faz, bajo los revueltos cabellos dorados. Su mirada azul centelleaba, rabiosa, desafiante—. Podéis matarme, asesinos de pueblos, de mundos, de seres vivientes... ¡Matad, puesto que sólo eso sabéis hacer! Pero escuchadme bien: yo no soy un Impuro. Soy más fuerte y saludable que todos vosotros, sin tener que recurrir a medicamentos extraños y drogas misteriosas... ¡Soy Tritón, el hombre anfibio que vosotros mismos creasteis, para asesinar después vilmente, cuando mi palabra y mi acción podía desenmascararos ante las naciones del mundo que teníais sojuzgadas a vuestro capricho! ¡He vuelto de la Muerte, para morir de nuevo definitivamente... o para terminar con todo vuestro reducto miserable e indigno! ¡Habéis devorado el oro del poder, de la salud y de la vida eterna, en la noche última del planeta, como un festín prohibido y vergonzoso! Pero ahora pagaréis... ¡o yo moriré en el empeño, pandilla de fantoches sin conciencia!

Y pese a sentir de nuevo en sus músculos el irritante, doloroso trallazo de la descarga magnética para castigar su insolencia, Tritón hizo acopio de

fuerzas y saltó desde su estrado. Se precipitó sobre la plataforma de blanco vidrio plastificado que protegía a los cinco encapuchados.

Estos ni siquiera se movieron. Pero de las ranuras de sus capuchas plateadas, surgieron delgados, taladrantes, rayos de luz azul, cegadora, parecidos a los láser de siglos atrás, y concentráronse, en haz, sobre Tritón.

Este sintió que su carne ardía, que sus músculos temblaban, febriles. Pero algo en su interior, una energía indómita, un poder desconocido y avasallador, que hacía de su tremenda naturaleza el físico de un auténtico superhombre, le hizo precipitarse, a pesar de la acción terrible de los misteriosos rayos, sobre el quinteto siniestro de jueces encapuchados.

Sus manazas poderosas, tremendas, cayeron sobre las cabezas, descargando en ellas golpes demoledores, salvajes...

Aquellos mazazos hubieran triturado los cráneos de los cinco jueces. Pero, en vez de ello, lo que hicieron fue hacer saltar las capuchas plateadas... y debajo, entre chisporroteos, sólo aparecieron masas de cables, circuitos, válvulas, diodos de germanio...

¡No eran cinco hombres! Los jueces de los rayos de luz en los ojos... eran solamente máquinas. Robots complicados, de densos circuitos, programados acaso a distancia...

Pese a sentir fuertes descargas eléctricas, que hormigueaban en su piel, el hombre anfibio aprovechó las fuerzas inmensas y el poder físico de su mutación actual, para triturar, entre relampagueos y chispazos

tremendos, las cinco cabezas electrónicas.

Al mismo tiempo, una red de cables, bajo el estrado blanco, eran arrancados por sus piernas, luego por sus brazos de hinchados músculos, y, entre chisporroteos, los circuitos se interrumpían, bailoteando las luces violentamente, con azules y púrpuras lívidos, en unas oscilaciones constantes.

Del techo, descendió algo, al abrirse una escotilla automática y silenciosa, en la blanca bóveda.

Un mecanismo de muerte, compuesto por una enorme esfera, que despedía descargas eléctricas poderosas, se acercó a Tritón como un globo siniestro y centelleante...

4

FLECHAS DE PLATA LANZADAS A LA ETERNIDAD

Ni la más leve duda asaltó al anfibio, ante aquella arma nueva y, tal vez demoledora, dentro de Nuevo Edén, el refugio supremo de los seres superiores. Se precipitó, colgado de los rotos cables electrónicos, hacia una puerta que se había abierto en la planta inferior, entre destellos de luz, permitiendo entrar a tres figuras de cabeza encapuchada, portando armas magnéticas en sus enguantadas manos.

Tritón cargó contra los tres rígidos soldados, eludiendo la primera descarga de chorros de luz magnética. Sus manos, poderosas, cayeron sobre los enemigos...

Una vez más, al caer dos de los soldados por el suelo luminoso, descubrió que, bajo sus capuchas, solamente había metal, cables, circuitos... ¡Robots, todos!

Aferró una de las armas, un fusil de cargas magnéticas, y lo dirigió contra la esfera del techo, rápidamente. Apretó el resorte de disparo, y una enorme llamarada estalló en el aire, haciendo temblar toda la vasta sala, y provocando chispazos en los soldados del Pueblo Sano. Sus cuerpos mecánicos rodaron por el suelo, inarticulados, reducidos a la impotencia.

Del techo, jirones llameantes de aquel globo agresor, descendían entre chisporroteos. Las luces de todas las cámaras bailoteaban ahora como enloquecidas. En alguna parte, ululante, retumbó una sirena de agudas notas...

Tritón, arma en mano, corrió ahora por un largo pasillo luminoso, de muros y suelo cristalinos, en busca de algo, de alguien: Vulkania. Pronunció su nombre a voces, sin importarle la posibilidad de enfrentarse, de un momento a otro, con nutridos adversarios, ciudadanos de aquel imperio de tiranía y soberbia.

—¡Vulkania! ¡Vulkania! ¡Responde, por Dios! ¡Vulkania! ¿Dónde te encuentras?...

La sirena sonaba, insistente. Era raro, pero no se cruzó con ser viviente alguno. Sin embargo, tuvo que disparar de nuevo sobre dos soldados mecánicos de caperuza plateada, que asomaron, armados, por un recodo del largo corredor.

—Es extraño... —murmuró—. ¿Dónde... dónde se habrán metido los seres humanos, los que dirigen a esos autómatas infernales? Este lugar es un horrible laberinto electrónico, un auténtico reducto de la ciencia y la tecnología, al servicio del poder humano desmedido... ¡Vulkania! ¡Vulkania!...

Alcanzó una enorme plaza central, de gigantescas dimensiones. Parecía ser el ˆcorazón de Nuevo Edén, su centro nervioso y vital. Sin embargo, no vio gente, ni viviendas, ni señal alguna de una presencia humana. En medio de la gran plaza, una torre, de cúpula de vidrio, emitía aquella alarma insistente. De su interior, brotaban chispazos de luz, a causa del fallo de algún circuito, tras las explosiones habidas con las máquinas y robots, y una serie de mecánicos servidores, armados, se movían torpemente, en círculo, rota su programación o bloqueada su actividad cibernética, por la avería general...

En un muro, letras luminosas, rojas, desfilaban, veloces, repitiendo hasta la obsesión unas frases que nadie, excepto él, podía leer:

> «ALARMA GENERAL. EMERGENCIA TOTAL EN NUEVO EDEN. CUMPLAN INSTRUCCIONES DE ALERTA ESPECIAL. ALARMA GENERAL. EMERGENCIA TOTAL EN NUEVO EDEN. CUMPLAN INSTRUCCIONES DE ALERTA ESPECIAL. ALARMA GENERAL...»

Tritón escaló la torre, por su exterior, utilizando unos tramos metálicos, sin que nadie le detuviera.

Llegó arriba. A culatazos, destrozó la cúpula de vidrio, saltando al interior. Contempló aquel centro de control.

Numerosas chispas brotaban de un tablero de controles. Varios paneles electrónicos parecían haberse vuelto locos, pasando cifras y ecuaciones demenciales, a velocidad vertiginosa. Ante esos mandos, una figura permanecía quieta, rígida, como muerta.

Pero la suya era una muerte artificiosa. Porque lo cierto es que nunca estuvo viva. Era otra máquina.

Tritón pestañeó, aturdido. Un robot, manipulando un cerebro electrónico central. No tenía sentido. ¿Dónde estaban los humanos, los auténticos habitantes de aquel lugar, los inmortales que un día sobrevivieron a la muerte del mundo, ocultándose allí dentro para crear un nuevo imperio futuro?

¿Dónde?

Observó las manos metálicas, recubiertas de un plástico parecido a la carne humana. El rostro era perfecto, frío y bien modelado…, pero en material plástico, sobre una serie de circuitos y centros electrónicos internos.

Vestía un uniforme plateado, con una serie de cifras luminosas sobre el pecho.

—No lo entiendo… —jadeó—. ¿Y los gobernantes, y los políticos, y los financieros? ¿Y sus esposas, sus amantes, sus hijos, sus servidores…? ¿Qué ha sido de todos ellos, en este horrible infierno mecánico?

Se inclinó sobre los controles. Había centenares de teclas de mil colores, con indicaciones impresas. Las manos del robot manipulaban aquellas teclas,

conforme a órdenes llegadas a control remoto... o por actividades previamente programadas.

Tritón leyó algunos de esos rótulos:

«PRISIONEROS», «TRIBUNAL», «MECANISMOS DE DEFENSA», «MEDIOS DE ATAQUE», «EJECUCIONES»...

Luego, clavó sus ojos en otro título: «PRISIONEROS. ORDEN DE LIBERTAD».

Era una tecla muy nueva y brillante. Sin duda, nunca debieron utilizarla. Tritón la pulsó casi con rabia.

La sirena de alarma continuaba, monocorde, sin que nadie pareciera acudir a su llamada. En un panel se leyó un rápido texto, en letras verdes:

«ORDEN CUMPLIDA.
PRISIONERO EN LIBERTAD.»

—Cielos, Dios quiera que sea Vulkania... —jadeó él, angustiado, regresando abajo desde la torre de controles, no sin antes disparar un chorro de luz magnética sobre los circuitos y mandos. Chisporroteos constantes marcaron la paralización y desconexión de circuitos. La torre detuvo toda actividad. La sirena enmudeció.

Por una puerta, que se deslizó suavemente momentos más tarde, emergió Vulkania, despojada ya de su túnica azul, semidesnuda su figura salvaje y atlética, de espléndida mujer de bronce.

—¡ Tritón! —gritó, entusiasmada, sin que pareciera tampoco entender muy bien cuanto le rodeaba.

Se precipitó hacia él. Se abrazaron ambos fuertemente.

—Cálmate —habló él, tras unir sus bocas apasionada, casi desesperadamente—. No he visto sino máquinas, robots... ¿Y tú?

—Igual, Tritón. ¿Qué se ha hecho de los habitantes de este lugar?

—No lo sé. Yo te liberé. Todo funciona electrónicamente, pero he averiado muchos circuitos, y las cosas andan patas arriba, en este recinto de locos. Ven conmigo. Tenemos que buscar la clave de todo esto, antes de abandonar el refugio. Vinimos a luchar, a combatir a los tiranos, no a escaparnos de una trampa...

La condujo, tirando de su mano firmemente. Recorrieron diversos corredores, hasta desembocar otra vez en la gran plaza central.

Seguían sin ver rastro de ser viviente alguno. Ni señales de vida, humana o mecánica. Alrededor de ellos, todo era silencio, roto por chisporroteos y explosiones apagadas.

—Mira, Tritón —murmuró ella, señalando hacia un punto de la vasta nave central—. Tal vez ahí esté la respuesta...

El clavó sus ojos en el lugar señalado por su hermosa compañera. Se acercó allí, muy despacio.

Era una pequeña puerta, que no había atendido antes, en un ángulo distante de la plaza central. Sobre ella, leyó una indicación:

«ARCHIVO CENTRAL. NO ENTRAR.»

Poco importaban ahora las prohibiciones. Tritón

disparó contra la puerta. La descarga magnética quebró el sistema de cierre. La hoja se deslizó silenciosamente.

Tritón y Vulkania se enfrentaron a una cámara circular, provista de numerosas pantallas, teclados, armarios cerrados… Se acercaron. Cruzaron el umbral…

Pudieron ir viendo los rótulos sobre los muebles metálicos, herméticamente ajustados:

«BIBLIOTECA», «FILMOTECA», «HISTORIA», «ARTE», «LITERATURA», «TECNICA», «CIENCIA»…

Era el lugar donde se guardaba toda la sabiduría de los siglos. Microfilmes, reproducciones filmadas en miniatura,

cámaras automáticas de proyección... Más allá, una serie de teclas numeradas:

1.995, 2.000, 2.100..., 2.300... 2.400...

Siglos. Años. Historia de un tiempo. Acaso un informe vivo que moría definitivamente en el 2405. Justo veinticinco años atrás... si el calendario del Pueblo Insano funcionaba bien.

—Veamos —murmuró roncamente Tritón—. Tal vez así, como dijiste tú, esté la respuesta...

Pulsó la tecla final. En una pantalla aparecieron distintas fechas. Hasta quedar en blanco, tras un día de agosto del año 2405... Justamente el seis de agosto. Luego, todo en blanco. Como si la historia se hubiese inmovilizado ahí.

Otra tecla secundaria, alteró la proyección. En la pantalla, asomó un informe impreso en rojo. Estremecidos, impresionados por su significado, leyeron ambos lo que allí decía.

Era un escueto y terrible mensaje para la posteridad. El último:

> «HOY, SEIS DE AGOSTO DEL AÑO 2405 DE NUESTRA ERA, TODO SE TERMINA.
>
> »SOY EL ULTIMO EN SOBREVIVIR. NUNCA PUDIMOS IMAGINARNOS QUE LAS DROGAS MARAVILLOSAS DÉ LA VIDA Y LA JUVENTUD ETERNA... PROVOCASEN ESE MAL INCURABLE EN NUESTROS CUERPOS, ESE TERRIBLE CONTAGIO MORTAL. VOY A MORIR YA. TERMINO AQUI LA HISTORIA DE NUEVO EDEN. Y CON ELLA, POSIBLEMENTE, LA HISTORIA

MISMA DEL MUNDO.

»ERAMOS LA ULTIMA ESPERANZA, LOS UNICOS. AL MORIR NOSOTROS, TODO TERMINA. ES MEJOR QUE ELLOS, LOS DESGRACIADOS IMPUROS, IGNOREN TODO ESTO. QUE SIGAN TEMIENDONOS Y ODIANDONOS. ESTE REFUGIO SEGUIRA EXISTIENDO, OCULTANDOSE, GRACIAS A SU SISTEMA CIENTIFICO DE INVISIBILIDAD EXTERIOR. Y SEGUIRA MATANDO A LOS IMPUROS, CAUSANDOLES TERROR. COMO SI TODO SIGUIERA Y ESTUVIESEMOS VIVOS NOSOTROS, LOS SUPERIORES, LOS. PERFECTOS Y SANOS...

»ESTE LUGAR CONTINUARA RIGIENDO PERFECTAMENTE, CON LAS MAQUINAS CREADAS. NADIE SABRA NUNCA LO QUE FUE DE NOSOTROS, HASTA QUE UN DIA, QUIZA, ALGUIEN, EN EL FUTURO, HALLE ESTA INFORMACION.

»SIENTO LLEGAR A MI FINAL. TERMINO.»

No había firma. Ni hacía falta. Era el último. Y hacía veinticinco años que había muerto. Debajo, electrónicamente, las máquinas habían añadido su epílogo:

«CUERPO EVAPORADO, CONFORME A LO PROGRAMADO. NO HAY NINGUNO MAS.»

—Cuerpos evaporados, invisibilidad creada por la

Ciencia... y drogas que dan vida eterna, juventud... y muerte inesperada, por otro lado —suspiró lentamente Tritón—. Así son las cosas, Vulkania. No existe la inmortalidad. Y es mejor para todos... Creo que su propia soberbia les venció. Ya no sobrevivía nadie. Murieron, víctimas de su propia perfección y sueños de grandeza. Ahí termina todo.

—Y... ¿y el Nuevo Edén? —preguntó ella.

—Tal vez será un buen refugio para el Pueblo Insano, en el futuro. Cuando menos, podremos trasladarlo, como ellos hacían, por tierra o mar, pero haciéndolo visible... Y que ellos decidan a su entero gusto sobre la cuestión. Vamos,

Vulkania. Regresaremos junto a nuestros infortunados amigos. Esta puede ser la esperanza de su futuro...

* * *

—La gran esperanza, sí... —asintió despacio el Número Uno, contemplando la gigantesca esfera, capaz de flotar, deslizarse por el suelo firme o hundirse en las aguas. La gran esfera blanca y hermética, en cuyo interior no existían radiaciones mortales. Ni ninguno de los que tuvieron la culpa del holocausto.

—Ahí dentro, tal vez vuestra raza evolucione con el tiempo. Los hijos o los nietos de los enfermos de ahora... pueden sanar, ayudados por las medicinas existentes. Pero que destruyan las drogas de juventud y de inmortalidad. Son fuente de otros males peores.

Es mejor vivir, morir, esperar algo mejor… Suerte, amigos.

—Gracias a vosotros, esto ha sido posible… ¡Pensar que unos simples robots, unas cuantas máquinas, pudieron tenernos aterrorizados!…

—Era su idea. Programaron todo para que una falsa vida continuara dentro del Nuevo Edén, cuando ellos faltaran. En el fondo, creo que tuvimos suerte Vulkania y yo, eso es todo. No se puede razonar con las máquinas. Aunque lo cierto es que con los tiranos nunca se pudo razonar, tampoco, en época alguna…

—Tus palabras de antes me hacen suponer que te ausentas… y Vulkania, contigo.

—Sí, es cierto. Nos vamos ya. No somos útiles aquí, creo.

—Pero sois nuestros amigos. Vosotros soportáis las radiaciones. No correréis nuestra suerte… ¿Por qué no os quedáis aquí? Cuando causamos horror, nos ausentamos para morir. No tendréis que vernos en ese instante…—No es eso, Número Uno. Es que Vulkania y yo preferimos seguir recorriendo este pobre mundo agónico o muerto. Somos hombre y mujer. Distintos a vosotros, distintos a los que desaparecieron en Nuevo Edén… Tal vez surja una nueva raza, no sé. Tal vez vale la pena intentarlo…

—Sí, siempre vale la pena intentarlo todo. Vosotros disteis el ejemplo, hoy. Gracias por todo, amigo mío. Una vez más, gracias por traernos la salvación…

Hubo un largo silencio. Se miraron ambos hombres. Se apartaron luego. Los Impuros contemplaron a su salvador. Y a la hermosa Vulkania,

la mujer de otros mundos.

Luego, ellos se alejaron. Quizá para siempre. Pero dejando tras ellos una esperanza, a un pueblo que conocieron desesperanzado.

Se alejaron, caminando sobre la tierra seca y anda, en busca del mar y de su embarcación. En busca c * otros lugares. Siempre en pos de una razón para vivir...

Una razón que, acaso, estaba en ellos mismos. Y en su destino.

Sobre todo cuando nació el hijo de Vulkania y de Tritón.

Un hermoso ejemplar de niño anfibio, rubio y hermoso, pero de ojos oscuros y tez bronceada, de fuertes brazos y amplia sonrisa...

El futuro. La nueva raza, tal vez.

Sí. Una vez más, había valido la pena luchar.

Tritón sabía eso, cuando abrazó a Vulkania, contra sí y contempló, orgulloso, al hijo de ambos. Al primer niño de un nuevo mundo y de una nueva raza humana...

Tal vez el mañana de la Humanidad de otros tiempos...

F I N